



Año XXXIII.-Madrid, Jueves 25 Septiembre 1913.-Número 39.

ESTABLECIMIENTO
Rivadavia, 1000
SUENOS ALIEN

Triste realidad

Los clericales trabajan desesperadamente por que Francia vuelva á entenderse con el Vaticano. El gobierno actual muéstrase propicio á complacerlos.

Pero como allí no sucede lo que en España, donde los llamados intelectuales no se atreven á colocarse frente á la Iglesia, base alzado una voz potente dando el *¡alerta!* sobre el reaccionario propósito, y esa voz ha resonado en toda Francia, haciendo que contesten cuantos la aman y desean verla siempre próspera y digna: *¡Alerta estamos!*, y que se aperciбан para la lucha en todos los terrenos. El vibrante *alerta* lo ha dado Anatole France en el siguiente Manifiesto á los jóvenes franceses:

«Queridos camaradas: Jamás tuvo Francia tanta necesidad de vuestra inteligencia y de vuestro esfuerzo.»

La separación de la Iglesia y del Estado resulta hecha para dar al clero ancha patente para su corso, sin mengua de ninguno de sus privilegios.

Si llega á unirse al partido militar, podrá acometer las empresas más atrevidas. Si no estamos alerta, un gobierno criminal y un Parlamento imbecil entregarían pronto al clericalismo la República.

Los obispos ponen en entredicho á los maestros del Estado, y se habla ya de un general que va á convertirse en diplomático para enviarle á negociar con el Vaticano.

Yo me asocio á vuestra acción contra el partido negro para la defensa del laicismo y para salvar la nación de un desastre irreparable.

Porque sabido es el destino de los pueblos gobernados por el clero.

Salud y fraternidad.»

A este llamamiento, conciso como la verdad, hecho por una de las inteligencias más poderosas de Francia, han respondido en el acto hombres eminentes en todos los ramos del saber, y la juventud no castrada por el clericalismo.

Cuando veo esto, y pienso en lo que aquí sucede, comprendo porqué el clericalismo se ha encastillado en España: aquí no encuentra hombres de talla que lo combatan; aquí no hay más que anticlericales de plataforma, incapaces de sacrificar nada por su convicción; aquí se es anticlerical, como se es masón, como se es republicano, por distinguirse de los demás en algo, por ostentar un título cualquiera. (Me refiero á los de arriba, á los que deberían servir de ejemplo á los de abajo.)

A juzgar por lo que se grita en deter-

minados momentos, alguien pensará que aquí hay muchos, y convencidos, y hasta fanáticos anticlericales. Desgraciadamente no es así.

Todos recordamos, por haber ocurrido hace poco, la que se armó cuando aquello del Catecismo. Pareció que la trompeta de la indignación había resucitado los muertos del radicalismo. Excitaciones, reuniones, proposiciones, discusiones, adhesiones; y además proyectos de Ligas de varias clases, la de *Los derechos del hombre* entre ellas. Creí que había sonado por fin la hora.

¿Y qué fué de tanto plan?

Los que tanto alborotaron

¿qué se hicieron?

¿En qué paró aquel afán?

¿Desistieron? ¿Se cansaron?

¿Sucumbieron?

Las bravatas arrogantes,

las gallardas aposturas,

asaz fieras,

los discursos centellantes,

¿qué fueron sino verduras de las eras?

Pero hago mal en expresarme de este modo. Si alguien tiene motivos para no extrañarse de nada en este punto, soy yo. Siempre ocurrió lo mismo entre nosotros.

Mientras se trata de agitar, de proponer, de discursar, de llevar á la prensa noticias de lo que se hace, de ir de acá para allá en comisión, de nombrar organismos directivos, de afanarse por pertenecer á ellos, es admirable el derroche de actividad y calzado que algunos individuos hacen: parecen haber dado con el secreto del movimiento continuo.

Mas ¡ay! pasado aquel momento nervioso—locomotivo, ni Dios los mueve: se les creería hermanos carnales de los coristas de ópera, que repiten veinte veces el insoportable *¡andiamo!* *¡andiamo!*, sin adelantar un paso.

Desde el punto y hora que el organismo directivo queda nombrado y aparecen en los periódicos los nombres de quienes lo forman, allí concluye el sainete. ¿Para qué afanarse por las cosas de este mundo miserable, si al fin y al cabo todo ha de acabar en la sepultura?

Durante mi ya larga, solitaria y nunca interrumpida faena anticlerical, habré visto formarse diez ó doce Ligas ó Centros en España. No recuerdo si mi nombre figuró en alguno, por cortesía ó compromiso; (creo que no); más sí sé que no intervine en lo que acordaran, si acordaron algo.

¿Y qué hicieron todas? Que yo sepa, nada práctico. Estar al atisbo de las Asociaciones similares que se formaban en el extranjero, para enviarles su incondi-

cional adhesión; publicar de vez en cuando en la prensa algún acuerdo anodino para dar fe de su existencia, y aquí paz y después descanso. El objeto ya se había conseguido: exhibir nombres adornados con un título.

¿Es que no hay en España más que anticlericales de pura exhibición? No; los hay de buena fe, convencidos y entusiastas, que irían á todas partes si hubiera quien los guiase, pero que acaban por irse á sus casas desencantados y aburridos.

Verdad es que esto no les ocurre sólo á ellos, si no á todos los que se reúnen para propagar y defender una idea cualquiera. Es vicio común de todos los españoles que no son clericales. Estos sí que perseveran. De ahí que se impongan, a pesar de lo repulsivos que son; tanto como sus ideas.

Y siendo así ¿cómo no admirar y enaltecer á hombres de la altura de Anatole France, que toman iniciativas enérgicas y redentoras y las llevan á la práctica, olvidándose de lo que personalmente les conviene, para evitar que se entronice otra vez en su patria el clericalismo, negación, allí como aquí y en todas partes, de todo lo progresivo, todo lo noble, todo lo honrado?

¿Cómo no lamentar que por acá nadie dé ese alto ejemplo de independencia y valor cívico en bien de esta España que, para que la ironía resulte más punzante y el sarcasmo más sangriento, nos atrevemos aún á llamar patria querida?

¿Y cómo no flagelar airadamente á cuantos, llamándose anticlericales, no responden en toda ocasión y en todo momento á lo que demanda y merece ese dictado, honroso y aristocrático cual ninguno?

JOSÉ NAKENS

Problemas nacionales

Preámbulo de una Memoria por D. José de Parres Sobrino, Fiscal del Tribunal Supremo.

EL ANARQUISMO

El acratismo es una enfermedad perenne. Crónica y llevadera, si hay terapéutica é higiene social, según demostraré luego, y aguda, grave y peligrosísima, si se recurre con las inmoralidades y las tropelías públicas.

El que tiene un padecimiento en su cuerpo, si es un individuo sensato y estima su propio ser, no puede pensar y proceder lo

mismo que cuando estaba sano. Necesita someterse á la realidad, acatándola y reconociéndola, aunque lo haga con amargura, procurando someterse á cualquier régimen probable de curación para extirpar el mal ó, por lo menos, intentar compartirle con una larga vida, disminuyendo las molestias y los dolores.

Querer prescindir de la enfermedad existiendo ésta, es una de tantas ilusiones falsas; pero pretender y proponerse conseguir el alivio, convirtiéndole, de agudo y grave, en crónico y soportable, es factible; y negarse á emprender la obra, es un suicidio.

Para el anarquista convencido, franco, militante y resuelto á servir de piqueta demoleadora, la Patria es una mentira; el Matrimonio, una mancha repulsiva; la Familia, una prostitución indigna; la Bandera, un pingajo sucio; el Estado, un centro explotador; el Ejército, un órgano de los déspotas; la Autoridad, una tiranía; la Ley, un documento nulo; la Propiedad, un robo y la Religión, una comedia bufa.

Serán un disparate, un código de manicomio y una candidatura á la camisa de fuerza, las tales doctrinas; pero las proclaman á todos los vientos, y la sangre, la tranquilidad y la existencia de los ácratas están dispuestas siempre, sin miedos, ni vacilaciones, á inmolarlas en favor de su programa, que califican de salvador, único é insustituible.

En su inmensa mayoría son sobrios, laboriosos, obedientes, ciegos á los mandatos superiores, no blasfeman por las calles y no suelen censurar en lo particular de nadie, reservando sus coraje y sus iras para la propaganda y para la acción.

Se parecen á aquellos cristianos de Roma que despreciaban los castigos, los martirios y la muerte en los circos bajo las garras de las fieras, ante las algarazas, los aplausos y los entusiasmos de los espectadores, ebrios de matanza, creyendo que sus pitufas arrojadas al *spoliarium*, llevaban semilla redentora que había de germinar en los campos de la Tierra para que la Humanidad, valiéndose de sus bondades y de sus virtudes, recogiese sus frutos en la presencia de Dios.

Los ácratas, ateos, en sus misticismos absurdos suponen también que sus persecuciones y sus penas serán premiadas á sus semejantes, proporcionándoles en lo venidero las dichas terrenales. No buscan, como los nazarenos de antaño, los gozos purísimos del alma inmortal en ultratumba, sino el placer de la venganza contra la comunidad presente y la fe del iluminado que emplea la dinamita para abrir las puertas y penetrar en un nuevo mundo de ideas y de sentimientos.

Hay dos categorías de anarquistas: los activos los pasivos; los directos y los indirectos; y los francos y los hipócritas; los que trabajan, exponiendo el cuello por derribarlo todo, y los que con su conducta minan los cimientos sociales; los que alardean de profesar un credo disolvente y los que se jactan de llamarse protectores del orden y de hecho resulta cófrades de sus feroces enemigos.

A los primeros se les conoce pronto, pues no ocultan sus propósitos. Los segundos son mucho más dañinos, porque barnizan sus defectos con las reglas de la esmerada crianza y utilizan la careta de la opulencia para disfrazar sus perniciosos procedimientos. Unos destiejen á sabiendas por prescribirlo así sus opiniones: los otros les imitan en el fondo y se truecan en los más expertos auxiliares del ariete destructor,

aunque aparenten y hasta crean lo contrario.

Se impone, porque es urgente, reformar nuestras costumbres destrozando la anarquía mansa que nos consume. Ciertamente es que la engendran los ácratas en la tribuna y en la Prensa para obtener el premio con los explosivos, el cuchillo y las balas; pero quienes contribuyen á darles crédito, á impulsar el proselitismo devastador y á fomentar la propaganda en pro de esas aberraciones; quienes acopian pesadas cargas de leña para alimentar el fuego, especialmente en países incultos, pobres é impresionables por el exceso de imaginación y la carencia de sentido práctico, como el nuestro; en suma, quienes ofician de principales Cirineos que ayudan á transportar la Cruz del Anarquismo por España, son muchos (no todos por fortuna) de nuestros elementos directores de la Sociedad y de la Política.

Cuando se olvidan los deberes para nutrir ambiciones y apetitos bastardos; cuando se convierte el poder en granjería y el presupuesto en ubre para extraerle el jugo en provecho de los mediocres: cuando la inteligencia, la ilustración, la actividad y la honradez se aprisionan y hasta se anulan para dejar vía expedita á la familia, á la tertulia, al incienso constante y á la lisonja perpetua, es decir, á la farsa y á la mentira, constituyendo las oligarquías vergonzosas, que no valen ni representan nada en el país, por ser todo ello un artificio y un convencionalismo ridículo, las cuales se fundan en el orgullo satánico y en la soberbia olímpica de los que maniobran de oligarcas, como á su vez en la cobardía y en la pereza de los que se empeñan en hacer el triste papel de eunucos, pisoteando la dignidad peculiar del que debe apreciarse como hombre; cuando sucede eso, entonces el anarquismo encuentra el campo muy abonado para que su semilla se desarrolle en abundancia.

Es preciso disminuir, ya que no se extirpan por entero, las pantomimas y los sainetes que presenciarnos con harta frecuencia en el escenario en donde actúan de informales y de inmorales bastantes de los titulados conservadores y refrenadores de la Sociedad, quienes sirven de espejo en el que se miran las clases pobres.

Los que adoran á Dios en las iglesias y se burlan de él en su comportamiento; los que fingen amar á la patria y laboran por debilitar los vínculos de la Nación para satisfacer sus vanidades y sus codicias; los que alaban con la boca las máximas de Jesús y pretenden moldearlas en sus vicios, sus caprichos y sus concupiscencias haciendo de la Moral un comodín para usos particulares; los que afirman las ventajas del Matrimonio y de la Familia como bases imprescindibles para el sostén del Estado y las quebrantan con sus adulterios, sus concubinatos y sus inmoralidades; los que defienden la Propiedad y cometen enormes ó delictivas estafas que nadie reprime, ni siquiera condena con el desprecio y el vacío; los que blasonan de rendir tributo á la justicia por considerarla como la verdadera garantía del Derecho y apelan á sus influjos para escarnecerla; los que se califican en sí propios de muy demócratas y cubren la estatua de la Libertad con los negros crespones del caciquismo infuso; en resumen, los que interpretan tales obras de comiquería son los amigos predilectos del anarquismo, aunque le execren y le maldigan, importando poco que se

apelliden tirios ó troyanos, avanzados ó reaccionarios, de éste ó del otro matiz.

Las tremebundas revoluciones de los pueblos han venido por culpa de los de arriba. Si éstos aflojen los lazos morales, obedeciendo á su egolatría, no será raro que las multitudes inferiores, así denominadas por carecer de medios de instrucción y de independencia, aflojen los lazos sociales.

Una de las virtudes más bellas y de éxito seguro, es la del buen ejemplo, y cuantos quieran pedir respeto á la Sociedad y á la Patria, necesitan, desde las cumbres, ser los primeros en predicar con hechos el Cívismo y el Patriotismo.

La acracia no parecerá nunca, pero el padecimiento agudo que tenemos en España y en Portugal, sin ir más lejos, será crónico y soportable, como ocurre con otras razas, cuando impere aquí la dirección superior de los sabios y de los sensatos, entendiendo por ambos patronos tutelares, no sólo los grandes oradores, juristas, consultos, artistas, poetas, comerciantes, obispos, labriegos, etc., sino los que tomen mejor el pulso del país y sepan aminorar la fiebre de la miseria y de la corrupción que engendra el delirio de las masas inconscientes.

Libertad, justicia y autoridad firme; saneamiento de la Hacienda, de la moneda y del sufragio; Gobiernos y Cortes duraderos; higiene administrativa; educación de los ciudadanos para que fructifique en el jurado y en las urnas: baratura en los artículos indispensables para el sustento; disminuir los despisfarros; hacer gastos útiles que remuneren, y establecer la equidad en los impuestos; ferrocarriles, caminos vecinales y obras hidráulicas, con previos estudios, cálculos concienzudos y exquisita rectitud en la distribución de los fondos.

El que realizara el anterior programa se llenaría de gloria y dulcificaría las acritudes anarquistas; pero ese plan no es de un partido, ni de un Gabinete ni de un personaje, es de todos los hombres de buena voluntad que anhelan conservar íntegra la soberanía española en su casa solstiega, sin huéspedes molestos que se apoderen de las habitaciones más cómodas del edificio.

Jose de Parres Sobrino.
Piscal del Tribunal Supremo.

Los dos Alvarez

(Severín y Melquiades)

Severín, ese hombre canijo y desmeдрado que el otro día, en la conferencia de Altamira, prorrumpió en un estentóreo viva á Francisco Ferrer, ha sido multado en diez pesetas por el gobernador. Pero Severín no quiso satisfacer la multa gubernativa, á pesar de que alguien le ofreció el par de durejos que la tal importaba. Prefirió cumplir dos días de cárcel.

Francamente, y con todos los respetos sea dicho, me parece que ha sido excesivo el castigo impuesto á este digno varón.

Severino Alvarez—y creo que todos lo conocéis—es un ácrata propagandista, vendedor de folletos y revistas libertarias. Tiene exiguo el cuerpo y prócer el ingenio; la espalda corva y muy recto el espíritu; pobre la facha, pero rico el corazón de santas energías. Ambula por esos andurriales, abrumado bajo el peso del

amplio cartapacio donde cobija sus rebeldes papelorios; afronta estoico las burlas de los ineducados, y, como el Dante, tiene siempre en los labios una solemne frase despectiva para los bellacos que se rien de su facha diminuta y angulosa.

Discute reclamente, y posee la altísima virtud de que para él no existe el *magister dixit*. El quiere que el maestro pruebe, evidencie; y en esto es muy superior Severinín á más de cuatro que deponen, cobardes, su criterio, ante cualquier gárrulo que sabe deslumbrarlos con las flores de su oratoria mitinesca.

Es, además, irreductible en sus convicciones, y ningún oro bastaría para hacerle cometer traición.

¡Qué diferencia tan grande de este consecuente pobre diablo al tribuno Melquíades!

Claro que en cultura, en ilustración, en saber, en todas estas cosas y otras muchas, es superior el jefe de los reformistas. Pero en hombría, en probidad, en rectitud de ánima... ¡ah!... en esto... es un verdadero gigante Severinín Alvarez, al lado del otro Alvarez asturiano, el gran señor de la cómoda postura.

Comparad á los dos desde tal punto de mira y veréis quien es el homúnculo y quien el verdadero hombre.

Yo defiendiendo la inconsecuencia cuando es originada por un móvil interno, por la inquietud imaginativa, verbigracia; pero la condeno cuando es fría, calculada; cuando tiene su causa única en la ambición, en el deseo desapoderado de glorias ó dineros. Bendigo la sincera inconsecuencia de Strindberg y de Unamuno, y lanzo mi anatema sobre la inconsecuencia de Melquíades, que pisotea el gorro frígido, deslumbrado por la perspectiva de los gratos beneficios que puede otorgarle la Corona.

Este otro Alvarez (Severinín) paupérrimo y desgarrado, nunca haría eso. Es más grande su alma, encerrada en el raquítico estuche de su cuerpecillo bufonesco.

¡Oh Severinín! Tu amistad honra, al paso que denigrarían otras amistades,

Volviendo ahora á lo de la multa, insisto en que no merecías tal castigo. Tu exceso de celo te impelió á decir una tontería inoportuna. Y me ocurre pensar que, si todas las tonterías se castigasen con pena de cárcel ¡oh, caro Severinín! ¿dónde habría cárceles bastantes para meter á la inmensa legión de tontos que viven y medran en este miserable mundo?

CESAR ALVAJAR

Tierra Gallega, (Coruña).

Un problema nacional

de los «Problemas nacionales»
presentados al Gobierno de
la Nación por el Fiscal del
Tribunal Supremo

La Memoria leída en otra apertura de los Tribunales por el Sr. Gómez de la Serna, proclamó el imperio de los dicta-

dos de la ciencia sobre la justicia histórica y acusó gallardamente los crímenes legales de ésta en su funcionamiento carcelario. Al poco tiempo cesaba en su cargo aquel probo funcionario que supo hermanar la bravura cívica con el deber de su ministerio. Los que estamos ya advertidos de la mano oculta que mueve los destinos del Gobierno, hubimos de enlazar esta cesantía con aquella Memoria, como causa y efecto, y quedaron escritas en nuestra conciencia estas máximas: «El Fiscal del Tribunal Supremo ha sido denunciado, condenado y castigado por lo dicho en la Memoria.»

«Su inviolabilidad nacional no ha bastado á salvarle del poder secreto que pesa sobre la Nación. En el señor Gómez de la Serna habrán escarmentado los que le sucedan.»

Al leer el *prembulo* ó la Memoria del Fiscal actual, señor Parres y Sobrino, hemos recibido una grata sorpresa. Ha atacado de frente y con denuedo algunos puntos, con la maestría que aplaudiré mercedamente la crítica.

Si la Fiscalía del Supremo no es un título *sine re*, si es, como debiera ser, el espíritu viviente y parlante de la ilación entre el gobierno liberal del rey y los tribunales, para resucitar y dar la mayor efectividad posible á las leyes supremas del clericalismo, y de las antiguas tiranías no extirpadas de los Códigos, interpretándolas en la mayor amplitud con miras al mundo más civilizado y al porvenir anhelante de cultura, preparando de este modo en las costumbres judiciales y las públicas que de ellas derivan, la viabilidad de las leyes que debieran ser y no son; y si al propio tiempo procurase, al revés de lo que se hace, enterrar en el desuso ó restringir á la expresión mínima las leyes vergonzosas que como raigambre de plantas dañinas medran en el campo de nuestros códigos, como leyes que son y no debieran ser; si esto fuese la Fiscalía del Supremo, habríamos de felicitarnos de estas Memorias, como antaño nos felicitamos de las bizarrías del Presidente del Tribunal aquel, en proclamar el *derecho á la soberanía civil* de los españoles, en contraste con el *sin derecho* en ella ejercido.

Mas no podemos forjarnos ilusiones. Estos documentos parecen dirigidos á los *«fiesos»*: los vicios en ellos acusados continúan sin novedad en los textos legales: gobiernos y cámaras se han hecho el sordo. Y si arriba se perdieron como coplas de Calainos estos ecos de la honda conciencia española, más perdidos fueron para los tribunales *«inferiores»*, en cuyos procedimientos y sentencias no se ha sentido la menor influencia: y en la misma capital de la nación, y en las fiscalías inmediatas á la del Supremo, hanse producido dictámenes de aguda efectividad, cuyos textos, puestos á dos columnas en parangón con aquellos otros, ofrecen el espectáculo de una riña entre perro y gato furiosos.

No somos, pues, nosotros, simples relatores de hechos públicos, los que pro-

pagan la duda acerca de la nulidad del ministerio fiscal para la causa de la libertad y del progreso. Para no citar otros particulares más comprometedores, como por ejemplo, los requetés, los delitos de conventos, las venas de terrores eclesiásticos, los ataques del episcopado á los gobiernos y á las leyes, la intromisión de la Nunciatura en la política española etc. etc., son otros hechos públicos y solemnes los que hacen que las voces de la Magistratura, al hablar en favor de la libertad y del Derecho, sean oídas con absoluta indiferencia, llegando, el que mejor las escucha, á esta conclusión:

«Dicen y no hacen: predicán y no dan trigo: las palabras son buenas, y las obras malas.»

Comprenderá el Sr. Parres y Sobrino que este dolor por la esterilidad de sus teorías viene á realzar el aplauso que éstas nos merecen. El fiscal pasará; el magistrado quedará; y el magistrado seguirá su impulso de atrás ó su mira al mejor modo de servir intereses suyos, religiosos ó políticos ó personales, contrarios á los de la nación y á los del progreso... Y las teorías irán muy adelante, pero las obras retrogradarán como están retrogradando horriblemente desde la restauración acá; habiéndonos llevado en lo clerical á los tiempos del primer tercio del siglo XIX en España, que andaba ya retrasado en un siglo con respecto al progreso de Europa.

Ojalá nos equivocáramos. Pero ¡no! ¡no nos engañaremos! El clericalismo seguirá extendiendo su influencia al amparo de la Monarquía, juramentada á caer juntamente con sus dioses. Las doctrinas liberales serán estériles, mientras la revolución no surque con su arado esta capa cerrada é insana que cubre nuestra nacionalidad.

Los discursos más bellos quedarán reducidos á palabras, palabras y palabras, que nos obligarán á mezclar el aplauso con la censura, en la forma consabida:

¡Lástima grande
que no sea verdad tanta belleza!

Por la moralidad de Barcelona

En el fango del vicio

*Las iglesias convertidas en lupanares.
El escándalo de Belén.—Ignorancia
de las autoridades.—¿Qué hará el
gobernador?*

Un concejal, amigo del *reporter*, le dijo el otro día:

—Perdona, chico, tengo prisa...

—Pero ¿á dónde vas?

—A la iglesia de Belén.

—¿...?

—¿Pero tú ignoras la institución más genuinamente barcelonesa del régimen amoroso?

Ante la ignorancia del *reporter*, el amigo contó que la iglesia de Belén, en la calle del Carmen, junto a la Rambla de los Estudios, es el punto de cita elegido por infinidad de enamorados, que lo fué de antiguo, y que hoy, con la degeneración de las costumbres, a las novias sencillas y piadosas han sucedido las cortesanas desenvueltas que sin pudor ni recato asaltan el templo cristiano y en un cruce de miradas encuentran una cita y en una seña una carta larga llena de promesas.

Leyendo los periódicos, tropieza uno en seguida con *El Correo Catalán*. En la primera página glorifica a unos cuantos asesinos. En la segunda reanuda su campaña a favor de la moralidad y combate sañudamente al gobernador porque no ha hecho tabla rasa de la ley de imprenta, honrando los designios de los que añoran el tribunal de la Inquisición.

¿Por la moralidad, dijiste? A ella, pues. Y aquí nos tiene el gobernador, dispuestos a que se persiga la pornografía esparcida en libelos y estampas, pero también a que se castigue la inmoralidad, allí donde se encubre, por escondida que esté.

Mis aún, señor gobernador. Cuando bajo las naves de la iglesia más céntrica de Barcelona se desarrollan escenas que el primero en denunciarlas debiera ser *El Correo Catalán*, velando por la moralidad de la iglesia.

Fué ayer. Nosotros lo hemos visto, señor gobernador. Lo sabe toda Barcelona.

EN LA IGLESIA DE BELEN, SALVO RARAS EXCEPCIONES, NO ENTRAN MAS QUE COCOS Y GALANES.

Pregúntese a los conductores de tranvías que bajan por las Ramblas. Frente a la calle del Carmen se detiene el tranvía, y hombres y mujeres entran en la iglesia de Belén separados, y al poco rato salen juntos y se internan, tranquilos y felices en las callejuelas vecinas.

A las diez de la mañana, la iglesia de Belén esta llena de parejas. Nadie acude a la pila de agua bendita. Todos, hombres y mujeres pasan de largo y en las capillas oscuras se presencian escándalos indignos de toda devoción honrada. Se cambian besos, apretones de manos, manoseos lujuriosos, y al salir están los ojos encendidos de deseo con el temblor que precede a la posesión.

De siete a nueve de la noche los galanes y *ellas* se aprovechan del torbellino que inunda las Ramblas y se escurren sin ser notados por la puerta de la Rambla ó por la escalinata de la calle del Carmen.

Si se está en convivencia con el sacristán, mediante una modesta propina se abre una puertecita de la calle de Xuclá para que salgan las parejas de compromiso.

Vimos ayer tarde a las seis, en la primera capilla situada a la izquierda de la puerta de la calle del Carmen, conocidas busconas que, arrodilladas, esperaban a alguien, y al aparecer levantábanse presto y después de cambiar breves palabras salían...

Y así desde las diez de la mañana, convirtiendo la iglesia de Belén en sala de contratación del amor...

¿Puede seguir tolerándose esto, señor gobernador? ¿Es posible que se deje que exista en plena Rambla una mancebía abierta a todo el mundo para escándalo de inocentes y de devotos verdad?

Si hay que velar por la moralidad, que sea ésta completa, que no se permita que con la complicidad de curas y sacristanes, funcione la bolsa de la prostitución en el corazón de la Rambla.

PERO, COMO NO BASTA QUE NOSOTROS LO DIGAMOS, EL QUE QUIERA CONPROBARLO NO TIENE MAS QUE IR A LA IGLESIA DE BELEN Y OBSERVAR EN LAS HORAS DE MAYOR ANIMACION DE LA RAMBLA.

El Progreso

Barcelona.

Buscando "hule"

Ocurrió en Marsella.

«Esta noche, dice un telegrama de ayer, durante una representación que una compañía japonesa daba en el palacio de Cristal, una de las artistas, la Srta. Fousa Nishmera, de diecisiete años, cayó de una escalera donde hacia ejercicios de equilibrio y rompióse la columna vertebral. Transportada a la enfermería, la infeliz muchacha sucumbió veinte minutos después.»

Este incidente es de todos los días. Por otra parte es naturalísimo que cada quisque sucumba en su puesto de lucha: la acróbata, en el trapecio.

Excelsior dice, por vía de comentario, que entraña un reproche:

«Los japoneses continuaron trabajando, a pesar de la muerte de su compañera.»

No tenían más remedio. Cumplieron con su deber para con el público y con su obligación para con el empresario. Si el público y el empresario hubiesen tenido la piedad de interrumpir la representación, la compañía japonesa se hubiera retirado a llorar su muerte. Pero así como el baile puede continuar aunque haya un muerto, una representación acrobática debe continuar aunque se despampane una artista de la compañía. Año censurábase fuera de España que prosiguiese una corrida de toros después de haber habido *hule*. El público actual en todas partes es el de la plaza. La mayor crueldad no es la de las armas, aunque hayan sacado ojos de gente inofensiva en los Balkanes. La mayor crueldad es la del dinero. El público que pagó su entrada para ver un espectáculo exige, por su dinero, que no se interrumpa, aunque reviente el protagonista, y también exige que el espectáculo tenga lugar con peligro de muerte para el protagonista, aunque éste comprenda que va a matarse. Así ocurrió a principios de este año con un aeronauta, a quien se obligó a volar aunque él había observado que su aparato no estaba en condiciones. El público, contem-

plándolo despampanado, tuvo por su dinero...

Hace poco tiempo, un inventor austriaco, Reiched, anunció que iba a echarse desde una plataforma de la torre Eiffel con un paracaídas de su invención.

—Se mata con toda seguridad,—decía la gente.

Y aunque la experiencia debía hacerse a una hora muy matinal, acudió numeroso público a darse el gustazo, como se le dió, de verlo morir y de llamarlo después zoquete.

Ayer, otra experiencia de paracaídas en la torre Eiffel. Pero el inventor, Mayoux, advirtió que no sería él en persona, sino un maniquí, quien se echara a volar.

Hubo muy poca gente.

En otro tiempo se contaba como anecdota pavorosa que un inglés—muy desocupado, sin duda—seguió a Blondin para ver cuándo se mataba. Hoy todo el mundo es inglés. Hoy se lleva a la plaza, al circo, al hipódromo, etc., el deseo secreto de ver morir.

Las andanzas de su vida llevaron a un mi amigo a tener trato con una criminal, que, después de purgar su condena por complicidad en un asesinato extraordinario, salió de la cárcel con la idea de convencer a las gentes de que ella *no había sido*.

—Estoy muy mal de dinero—le confesó en cierta ocasión. Nadie me hace caso...

—Porque usted quiere—le repuso mi amigo—, porque la echa usted de inocente. ¿Por qué no cuenta usted la cosa como pasó?...

Poco tiempo después la aludida le dijo:

—Ahora estoy mejor que quiero. Me dan cien francos nada más que por mirar la escena de pasarle una cuerda al cuello de *mi víctima*.

LUIS BONAFoux

La emigración y el Estatuto Personal

según el Sr. Parres y Sobrino

Si es pecado de suspicacia, perdónelo el señor Parres: y si acierto, complácese en ver que he leído con atención el *Predm-bulo* a la Memoria de Fiscal del Supremo, en que tan lindas y plausibles cosas ha dicho.

Yo me creo aludido en la última parte de su meritísimo escrito, donde trata del Estatuto personal en lo que concierne a la emigración. Explícanse allí con delicado estilo y con sutil discurso, el sentimiento patriótico en cuanto es fenómeno botánico y zoológico. El amor a la *tierruca*, el apego a la *tierruca*, existe en el hombre como arraistro biótico de la vida de alga: el más viejo y el más arraigado en el ser. Este sentimiento vegetal lo describe muy hermosamente el señor Parres y nos dice cuán intensamente lo sienten los españoles que han gozado en España esta vida vegetal, saturándose de los elementos que les rodeaban. Lo llama fenómeno individual. El nombre no hace a la cosa.

Lo ha descrito muy bien: sólo faltaba

una pincelada que nos dijera como en España hay nacionales *exóticos*: exóticos de dos clases: unos que no echan raíces por hallarse sobre la roca dura y estéril á merced de todos los aires y que, después de trabajoso esfuerzo no logran medrar, ni desarrollarse, ni dar fruto, y á lo más sirven para abono de las plantas de la vega. Y los *exóticos*, que chupan los jugos de la tierra, sin dar fruto ni hoja, que lo absorben todo... y se lo llevan todo lejos, muy lejos... á las tierras de sus amores. Tienen las raíces chupadoras en España: las ramas, flores y frutos las echan fuera de España. Es lástima que el señor Parres no haya presentado y juzgado este fenómeno.

Del sentimiento zoológico de la Patria, ha hablado todavía mejor. Para algunos españoles, dice el Sr. Parres, la vida holgada y aun la vida tolerable es imposible. «El fisco, el caciquismo y la injusticia» los persiguen; les hacen odiosa la Patria: miran á España como «madrastra». ¡Qué bien dicho! ¡Qué hermosamente dicho!

Mas ¿quiénes son *ese fisco* sino los que cobran y devoran los bienes, del fisco procedentes; y para quién *confisca* el fisco, sino para *esos*? ¿Quiénes son *esa injusticia*, sino los favorecidos de ella? ¿Quiénes son el caciquismo, sino los *caciques*? Porque ¡ay! los seres abstractos no comen ni beben, ni pesan, ni oprimen, ni hostigan: los *concretos* son las bocas, las zarpas, y las uñas de los abstractos. Y es lástima que el señor Parres, al decirnos que hay españoles para quienes la Patria es una madrastra «que les priva de los medios de subsistir», no haya dicho que en cambio hay esos otros, para quienes es *madraza*, á quienes nutre y mima con lo hurtado á aquéllos. *Maara* za para unos: *Maarastra* para otros: MADRE para nadie. Y así resulta juguete vil de los mimosos y mimados: tirana dura de los aborrecidos.

Y ¿quiénes son los hijos mimados, sino los *hijos del Estado*, y quiénes los aborrecidos, sino los nacidos sin intervención del Estado?

Y ¿qué resulta ser el Estado ese, con respecto á la Patria? No es el esposo y cabeza, identificado con su ser y administrador de sus intereses, sino el *querido* que la explota y prostituye, haciéndola odiosa á sus propios hijos.

No podía el Sr. Parres, desde su comprometido cargo, proferir estas frases que ha tenido á fícr de labio. Por esto las profero yo que no soy Fiscal y estoy inmunizado de serlo.

Sentados estos precedentes, el Sr. Parres pasa á tratar del Estatuto personal, del cual es acérrimo defensor.

«El ciudadano—dice—carecía de amparo y protección: era *un ser extraño* fuera de su nación. Ahora se admite como doctrina indiscutible que cada soberanía *puede ejercer sus derechos más allá de los límites de su territorio*, mientras que no lastime los derechos de los demás soberanos...»

Esto es el llamado *Estatuto personal*... Y sigue diciendo:

«Este define la capacidad para contraer matrimonio (ya estoy yo aquí) la validez intrínseca del mismo (ya está aquí el Fiscal del Supremo, promotor del expediente contra mí) y sus efectos civiles (ya estamos en la España católica): sus derechos y obligaciones como esposo, padre, tutor, protutor y miembro del consejo de familia; aptitud para contratar, disponer de sus bienes, comparecer en juicio..., etc.» «Los consue-

les se encargan—en el extranjero—de autorizarlos en NOMBRE DE LA MONARQUÍA.»

Y á continuación el Sr. Parres se entusiasma y afirma: «¡La ciudadanía es una é indivisible!...» ¿Si, eh? Esto será en Efeso, para los efesios; ó en China, para los chinos: en España, para los españoles... ¡no-nes! Ya lo veremos enseguida. «Intentar pertenecer á varias patrias y depender de varias soberanías es tan absurdo como si un hijo pretendiera serlo de dos padres á la vez.» ¡B:ave! ¡Muy bien!...

«Es burlarse de su bandera y escarnecerla... es declararse egoísta y acomodaticio... es una hipocresía manifiesta... (todo esto va para mí); y para evitarla hay dos sistemas: ó el intervencionismo de la nación despreciado, que valiéndose de sus cónsules (ya está el Sr. Parmarofi, consul de Perpiñan) invalide los pactos contrarios al Estatuto (que es lo que está haciendo la Fiscalía del Supremo con mi matrimonio, ó que el sujeto CAMBIE de ciudadanías para optar por aquella que más le convenga... Esto es lo correcto y lo legítimo... O ciudadano español con sus ventajas y sus daños, ó ciudadano extranjero con las suyas. Nada de mixtificaciones ni de farasas...»

Con que ya lo ve el lector, y ya lo oyeron los que asistieron á la lectura de la Memoria:

Yo soy un *farasante*, un *mixtificador*, un *hipócrita* manifiesto, un *egoísta* acomodaticio, *escarnecedor* de la bandera, absurdo y loco de atar... por haberme casado en Francia contra lo admitido en la doctrina del *Estatuto personal*...

Me doy por *a'udido*.

Y pues se ha sacado á la plaza pública mi litigio, en público vamos á debatirlo. Y debatiremos quién es el *farasante*, *hipócrita*, *escarnecedor* de la bandera, etc., etcétera: si soy yo, ó es la *Monarquía*, en cuyo nombre parece hablar el Sr. Parres.

Y pues la materia será larga si tengo humor de meterme en ella, para dar algún anticipo de lo que voy á decir, digo:

Todo el discurso del Sr. Parres en este particular, es un sofisma mazorrall, una hipocresía y un absurdo.

Habla de la *soberanía española* en lo del matrimonio, como si existiese, sabiendo que no hay tal soberanía.

El *soberano* de España en eso de definir la capacidad para contraer matrimonio, la validez intrínseca del mismo y sus efectos civiles... no es el Monarca ¡conste lo al señor Parres que parece tenerlo olvidado! no es el Gobierno, no es el Parlamento, no son los tribunales, ni toda España junta: es... un extranjero, es el Papa.

¿A qué viene, pues, esa *hipocresía* de defender como propia y real una soberanía falsa, fingida, simulada y que no existe?

¿Cabe mayor farsa que esta *usurpación* de carácter y esta simulación de autoridad?

Aplique ahora á esa «*Monarquía*» en cuyo nombre clama, reclama, declama y proclama el señor Parres, los duros calificativos que ha estampado en su escrito y que yo no usaría por hallarlos de mal gusto.

Es doctrina que «cada soberanía puede ejercer sus derechos más allá de los límites de su territorio»; pero la «*Monarquía*» en mi caso, no ejerce sus derechos, que tiene abdicados; sino que intenta ejercer los derechos *ajenos* de la soberanía Pontificia, de la cual se hace instrumento ciego é irracional.

Y para terminar por hoy: deploro que el Sr. Parres se haga defensor tan acérrimo

mo del Estatuto personal en lo que tiene de *aerechos* para el Estado, sin haberse acordado de los *aerebes*. No es esta la corriente jurídica moderna.

Ya se han roto los moldes de ese Estatuto, y precisamente en esto del matrimonio; y halos roto un Estado, que es el abanderado de la ciencia jurídica en Europa: el Estado suizo.

El ha llevado al Código civil la ley, capaz de asombrar á nuestros magistrados, de declarar válidos ante las leyes interiores y en el territorio suizo, los matrimonios de sus nacionales verificados en el extranjero según las leyes del país, aun cuando se hubiesen celebrado *con fraude* ó para burlar algunas trabas de la ley suiza.

Esto es lo que hace una Patria en funciones de *madre*: lo demás, lo hace la *maarastra* en la explotación de hijos caídos al azar bajo su dominio.

Y basta por hoy.

S. PEY ORDEIX

España y la civilización

Le Temps, de París, publica la lista de las naciones que han contribuido á la construcción y al decorado del Palacio de la Paz, con arreglo al voto unánime de la segunda conferencia de La Haya, en que se acordó que cada país enviase lo más típico de sus elementos de construcción ó de adorno.

La información termina así: «No es exagerado decir que el edificio internacional designado bajo el nombre de Palacio de la Paz y destinado al Tribunal permanente de arbitraje, ha sido construido con el concurso de todos los pueblos civilizados.»

En dicha lista no figura España, mientras hasta las Repúblicas hispano americanas más diminutas y más alejadas del concierto internacional, han enviado objetos ó productos raros.

¿Es que *Le Temps* excluye intencionalmente á España de las naciones civilizadas?

Ni por pienso. Es que sin duda cree que España no debe figurar en la lista de las *civilizadas*, sino en la de las «civilizadas».

Oficialmente pertenecemos á una civilización superior, ó sea la «civilización católica, apostólica y romana.»

Y por esto de que nuestra paz está en el cielo y viene del cielo, nada tenemos que hacer en eso de La Haya.

Nuestro dinero lo necesitamos todo para el palacio Vaticano, y para armar los requetés, y para desarmar las iras de la Providencia, única á quien debemos temer.

Pues estando ella con nosotros ¿quién podrá tosernos?

¡LA BLASFEMIA!.. ¡OH!

Copia de un periódico clerical:

«No ha mucho leíamos, con amarga pena, una carta fechada en Melilla, y escrita por un capellán del ejército español, en la cual se quejaba de los insultos á Dios que

la «boca del infierno vomita por medio de estos infelices soldados que, inconscientes de su malicia, blasfeman como condenados». ¿Quién sabe si Dios no permite que nuestro Ejército se corone de gloria y de laureles, á causa de aquellos que al profetizar las horrendas blasfemias que manchan sus labios, hacen que pierdan la puntería y se desvíen las balas?... ¿Qué no blasfemen los soldados y correrán á la victoria!

Tiene razón ese buen capellán. Mientras nuestros soldados blasfemen, no vencerán jamás en Africa. Entre un infiel probado y un cristiano blasfemo, todos los cuidados de la Providencia deben ser para el primero.

Es realmente deplorable que nuestros soldados no se convenzan de que, para vencer á los moros, nada tan eficaz y decisivo como alabar á Dios.

¿Qué espectáculo más bermoso sería oír á los soldados que caen heridos estas hermosas palabras: «¡Bendito sea el señor, que nos da la muerte sin merecerla!»

¿Pero qué hablo de morir? No habría bala de rifleño que matase á un soldado español, si en lugar de profetizar las horribles blasfemias á que ese capellán alude, entrase en lid cantando el ¡*Ruja el infierno!*

Y buen ejemplo de ello nos dejó la última guerra civil. ¿Murieron en ella muchos carlistas? No, ninguno. ¿Y por qué? Porque todos llevaban el escapulario del Sagrado Corazón de Jesús con el preservador *Detente, bala*.

Y ahora que hablamos de escapularios. ¿Se ha provisto ya de ellos á todos nuestros soldados? Que se haga cuanto antes. No hay blindaje mejor para rechazar las balas enemigas.

Y si alguien lo duda, que lea con detenimiento esta hermosa composición, que forma parte del tomo 2.º de *Las poesías festivas anticlericales*, que se pondrá á la venta la semana próxima en esta ortodoxamente impía administración, al precio de una peseta, como el anterior.

Cosas de la guerra

Por una guerra civil
Gil abandonó su tierra,
y sé que se fué á la guerra
sin ganas de guerra, Gil.
Porque nunca fué capaz
de reñir á sangre fría,
y porque en la paz vivía
con el amor de una Paz.

Como buen aragonés
baturro zaragozano,
era Gil noblote y llano
de la cabeza á los pies,
y al salir de su lugar,
entre los párpados rojos
daban señas sus ojos
de su profundo pesar.

Ni los alegres cantares
de los futuros guerreros,
de sus mismos compañeros
que alejaban sus pesares

ni aquel vino que alborota,
ni lo espléndido del día,
ni la nerviosa alegría
del guitarra y de la jota,
ni el descanso en un ventorro
que hallaron en el camino
y en donde bebieron vino
sus compañeros en corro,
fueron á su pena tasa,
que es una cosa que aterra
ir en busca de la guerra
teniendo la Paz en casa.

Pero el buenazo, al notar
que mientras que triste estuvo
se burlaron de él, no tuvo
más remedio que cantar.

Y así fué mayor el gozo,
porque cuando Gil cantaba
con pena, no le ganaba
en Aragón ningún mozo.

Se limpió la tragadera
con una copa de tinto,
pulsó el guitarra otro quinto,
y cantó de esta manera:

«Una *Pilarica* llevo
sobre mi pecho colgada;
me la ha bordado mi *chiquia*;
no tengo miedo á las balas.»

Entró el buen Gil en acción,
y al principio, el tiroteo
le producía mareo
y alguna extraña emoción.

Pero e a su sangre ardiente,
su fe en la victoria mucha,
y Gil defendió en la lucha
su puesto como un valiente.

Conmovido y satisfecho
por la victoria alcanzada,
pensando en su Paz amada
sacó la estampa del pecho,
porque entonces para él
ni más allá no existía,
ni más consuelo tenía
que el escapulario aquél.

Iba á besarlo el bendito,
cuando un certero balazo
quité á la estampa un pedazo
y arrancó al buen Gil un grito.

Y exclamó torciendo el gesto,
mientras caminaba en pos
de su batallón: «¡*Ridíos*,
si lo llevo á tener pestol!»

A. MONTALBÁN

Susto inmotivado

Helo llevado, y no pequeño, al tropezar en *El Imparcial* con este título espeluznante: *La resurrección de los muertos*. Pues vino me á la imaginación la revolución que se armaría en la tierra con la resurrección de canónigos, obispos, reyes y papas que viniesen á reclamar sus dominios.

Y me puse á leer ansioso:

«En uno de los hospitales de Londres se han hecho experiencias para comprobar que se puede suspender la vida y las funciones vitales durante un tiempo muy

largo y hacerla reaparecer después sin riesgo y sin inconvenientes.

Para realizar dichas pruebas se han metido en unos frascos de ancha boca numerosos reptiles y ratas. Inmediatamente se ha introducido en los recipientes aire líquido, el cual como es sabido produce un descenso considerable en la temperatura, descenso que en estos casos ha sido de cien grados bajo cero. Después se hizo pasar por dichos frascos una corriente de oxígeno. Las personas que manipulaban con los frascos llevaban guantes especiales para preservarse de frío tan intenso.

Los animales sometidos á las experiencias adquirieron rápidamente el aspecto de los cadáveres y se quedaron absolutamente rígidos. Así estuvieron un mes, sin recibir, naturalmente, alimentos ni aire. Al cabo de ese tiempo fueron llevados á una estufa tibia y sacados de sus encierros. Después de un ligero masaje y ante la sorpresa de los concurrentes, volvieron perfectamente á las manifestaciones de la vida normal».

¡Respiremos!

Y respiren también los actuales poseedores de herencias. ¡A los muertos no hay, por ahora, Dios que los resucite!

Hasta los santos del cielo, antiguamente tan aficionados al arte de resucitar, hace años que no dan señales de vida. Esto me induce á creer si estarán esperando quien los resucite á ellos.

Pero el susto que me dió el título *La resurrección de los muertos*, nadie me lo quita de encima.

Pensé en que podría resucitar Cristo, y, al ver lo que pasa en su Iglesia, hacer con ella lo que de buena gana haría yo, si pudiese: exterminarla.

Aunque es posible que no lo hiciera, porque, al buscarla, no la encontraría por ninguna parte.

Excomulgadores excomulgados

Un obispo prohíbe la lectura de este semanario. Falta grave cometerán, gritan los integristas, aquellos de los fieles que dejen caer la mirada sobre ese papel.

Otro prelado condena hoy al periódico tradicionalista, sostenido con el dinero de frailes y monjas y el perro chico de las sacristías, advirtiéndolo á sus feligreses que incurre en pecado mortal quien lo lea.

Fray José López Mendoza, gobernador diocesano de Navarra, puso fuera de la circulación católica *El Porvenir* en esta diócesis.

D. José Cadena Eleta, pastor de las ovejas místicas del rebaño alavés (nombrado ahora arzobispo de Burgos), fulmina el anatema contra el religiosísimo diario *La Tradición* porque—dice—menoscabá los prestizios y dignidad episcopales EN NUESTRO OBISPADO CON MANIFIESTO Y GRAVE PERJUICIO DE LAS ALMAS.

Y mientras la conciencia pública sos-

pechó ayer y sigue sospechando todavía, que el origen de nuestra excomunión sólo está en la campaña moralizadora emprendida y acabada por el Sr. Lacort para esclarecer vergonzosos actos del P. Doroteo, de las Escuelas Pías de Pamplona, cometidos en las personas de varios niños confiados á su custodia, juicio que abona hasta el propio texto de dicha pastoral, donde se nos condena por *mantener proposiciones próximas á la herejía*, único medio del que pudo echarse mano; en el caso actual sabe, que una disputa mezquina entre conservadores y nocedalinos, por ambiciones electoreras, otorga el singular favor á esos sapientísimos cofrades de la cuquería política, de colocarlos bajo las faldas de su ilustrísima el obispo vitoriano, quien se ve obligado á tratarles con el mismo rigor reservado para los herejes.

¡No hay plazo que no se cumpla ni deuda que no se pague!

¿Se acuerda *La Tradición* de que fué ella factor principal en las excitaciones dirigidas á Fray José López de Mendoza con el santo fin de que nos excomulgara?

¿Olvidó que siempre que de D. Basilio Lacort se ocupaba, hacíalo designándole con los nombres del «excomulgado nominatim», estampados de cursiva?

¡Ante semejante acontecimiento bien podemos decir, discurriendo al uso beato, que Dios castiga sin piedra ni palo!

Los perseguidores de Lacort, los fomentadores y organizadores de la imbécil manifestación católica de antaño; los hombres que tan sabiamente explotaron el título de hijos obedientes de la Iglesia católica apostólica romana, señalados son ahora como flores del Mal en el jardín del Paraíso.

A los que atacaran á nuestro fundador con la saña del fariseo por cantar la verdad y defender las buenas costumbres, el *Diario* les deja como embusteros; y un arzobispo les impone silencio por querer mermar prestigios de la autoridad eclesiástica.

«¡Descansa, Lacort; quedas vengado!

A quienes trabajaron tu excomunión por denunciar delitos de fraile, acaban de excomulgarlos también ¡y por cuán distintos motivos!

¡Tu victoria es ya completa y definitiva, maestro!

¡Viva Lacort!!

El Porvenir Navarro.

Pamplona.

Me lo explico

Los concejales de la Defensa Social y los conservadores de Jerez de la Frontera, presentaron una proposición suspendiendo las pensiones que otorgaba el ayuntamiento á las Escuelas públicas para costear el bachillerato á los alumnos pobres con nota de sobresaliente.

En cambio ofrecen costear los estudios, á condición de que se obligue á los alumnos á inscribirse en la asignatura de Religión.

Los republicanos é independientes combatieron rudamente la proposición, pero al recaer la votación, ésta se decidió en favor de los clericales por el voto del alcalde liberal, Julio González Hontoria, exrepublicano.

Siempre ocurre igual.

Los apóstatas, lo mismo en religión que en política, se ven tan rebajados á sus propios ojos, que buscan en excesos de celo la absolución que nunca alcanzan de los mismos á quien sirven.

Me explico, pues, la baciuada de ese Sr. Hontoria.

Angel Samblancat

Ha sido pues, en libertad bajo fianza de 5.000 pesetas el ilustrado y batallador periodista Angel Samblancat, preso en la cárcel de Barcelona.

Me alegro de todas veras. Por él y por España. Es una vergüenza que por delitos de opinión vayan todavía los hombres á la cárcel.

La consigna

Cada vez me convenzo más de que los capigorriones de Iglesia han recibido la consigna de hacer noche todo lo que vale algo en los templos. A lo de Toledo y Camprodon hay que agregar esto otro:

En la iglesia del pueblo de Bejoris (Sintander) se conservaba una primorosa labor de esmalte sobre cobre. Forma un tablero irregular, dividido en trece cuadros, que representan la Pasión de Cristo, desde el momento de la Oración del Huerto hasta la Resurrección.

En todo tiempo ha sido admirada por cuantas personas entendidas han pasado por Bejoris. Sobre su época, su estilo y su valor, se han hecho diversos cálculos y juicios, conviniendo siempre en que se trata de una obra de mérito extraordinario, que honra al pueblo que la conserva y la guarda.

Allá por 1873, siendo párroco de Bejoris D. José Gómez, se cometieron muchos robos en las iglesias de la Montaña, y el mismo párroco, por temor á los malhechores, entregó el cuadro al pueblo, siendo depositado en una casa particular. Y ya no ha vuelto el valioso esmalte á la iglesia, permaneciendo siempre en las casas de más arraigo y más respetabilidad, con la confianza de los vecinos.

Solo el año 1884, siendo obispo de la diócesis el señor Calvo y Valero, salió el cuadro de Bejoris, entregado por el párroco D. Marcos Carrera; pero el pueblo lo reclamó con tanta energía, haciendo valer sus derechos y demostrando su amor por la reliquia, la recuperó.

Ahora el obispo de la diócesis reclama la joya, y el alcalde, secundado por los vecinos, se niega á devolverla, mientras no se demuestre de una manera clara, terminante y categórica que no tienen

derecho ni son dignos de su posesión y su custodia.

Y *El Cantábrico* dice con mucha justicia:

«Si los pueblos, en todos los aspectos de la vida, dieran el mismo ejemplo de voluntad y de entereza, no serían posibles los abusos de los explotadores de profesión, ni los crímenes de la política, ni las intrusiones de poderes extraños, ni los de más amaños, trapacerías y vergüenzas de la España caciquil y feudal. El alcalde de Bejoris ponía á su carta un final fuerte y enérgico, revelador de una voluntad bien templada y de un carácter de acero.»

Me sumo á *El Cantábrico* en el elogio á ese alcalde que sabe defender los derechos del municipio, mejor y con más gallardía que los gobiernos los de la nación.

Van siendo tan raros ya en España estos arranques frente al poder absorbente y acaparador de las gentes de Iglesia, que hay que admirar á quien los tiene.

En el trasatlántico *Montserrat* han llegado á Cadiz los arzobispos de Méjico, Herrera y Ruiz, treinta y seis curas y nueve frailes que van á Roma con regalos para el Papa.

Serán bien recibidos, alabados é indulgenciados.

En Roma son muy corteses con los que dan.

¡Como hay tantos que toman!...

LIBRO NUEVO

Poesías festivas anticlericales

de

renombrados autores

PRECIO: UNA PESETA

El P. Miguel Mir

y

SAN IGNACIO DE LOYOLA

Estudio histórico-crítico

de S. Pey Ordeix.

Un tomo de 206 páginas,
UNA peseta.

Dios ante el sentido común

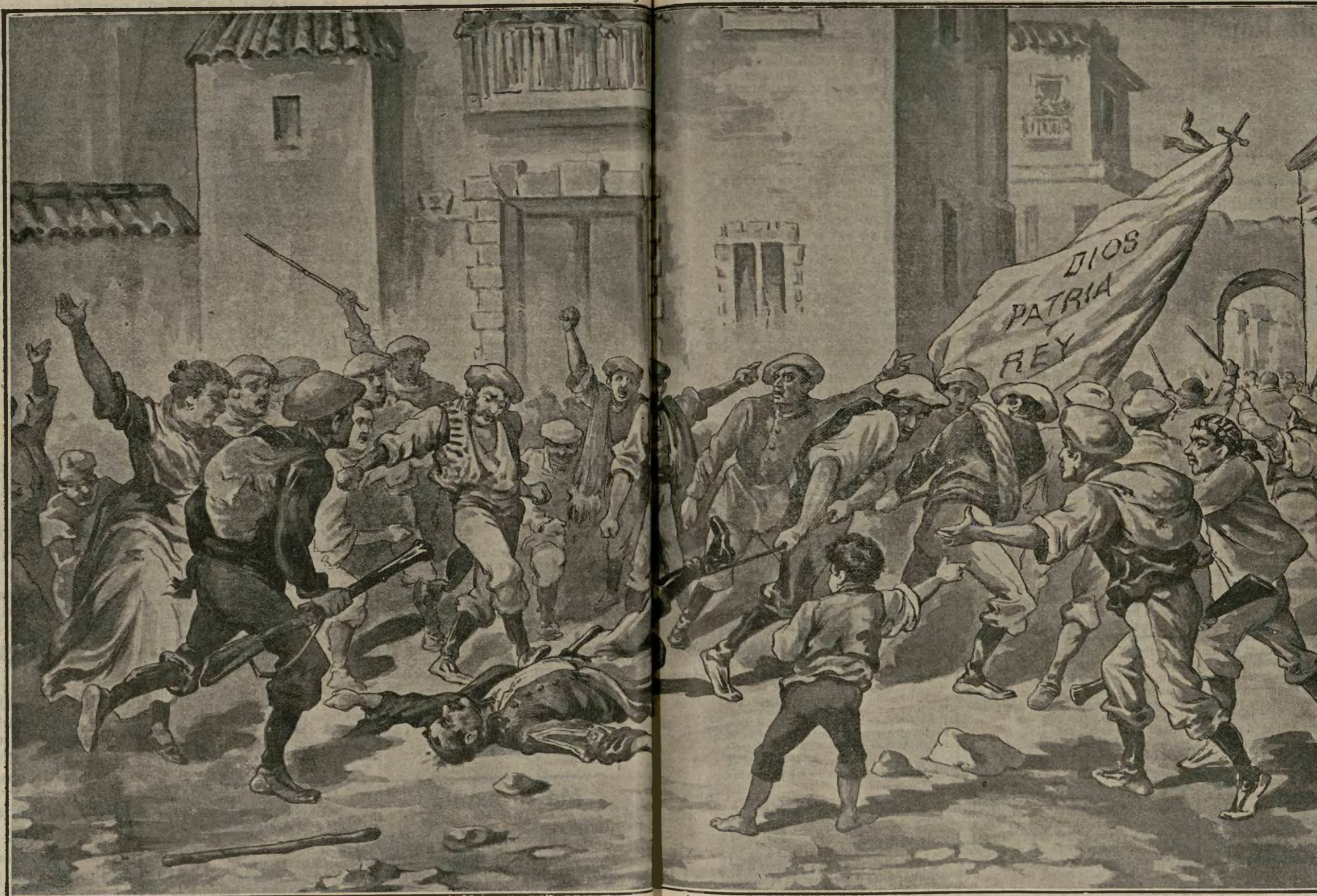
Por el cura Juan Meslier

Precio: UNA PESETA

LIBROS A DOS PESETAS

«Cuadros de miseria», «Degradaciones y cobardías», «Cartas y dedicatorias», «Mi paso por la cárcel», «Humorismo anticlerical», «Puñado de ironías», todas por Nakena.

EL MOTIN



El teniente de francos, Martínez, al grito de: ¡Viva religión!, es arrastrado por las calles de Alforja.

EL CAÑON KRUPP.—Mayo de 1874.

Ayuntamiento de Madrid

Suscripción "Cruz Roja"

Pesetas.

Suma anterior	5544'28
Rafael López (Almonaster)...	3'00
Francisco Escuer (La Almolda)	2'00
Emilio López (Torredemburra)	1'00
Un aranés (Viella).....	2'00
Un admirador de Nakens (Id)	2'00
Suma y sigue.....	5554'28

Carta á los miembros

de la Liga Española para la defensa de los Derechos del Hombre

Si al reuniros en sociedad habéis llevado á la misma algún propósito que no desdiga del nombre que habéis adoptado; si al constituir una entidad de denominación pomposa no habéis edificado una torre sobre un montón de palabras huecas; si al agruparos habéis aportado cada uno al acervo común vuestro caudal, chico ó grande, de ideas elevadas y de deseos generosos; si al asociaros os habéis unido en espíritu y en verdad, os habéis unido con el ánimo resuelto á que de esa unión salga una prole numerosa de bellas y heroicas acciones, oidme:

Yo soy del Alto Aragón, es decir, de una tierra en la que la enorme desesperación de la raza ha cristalizado y cuajado en poco tiempo en dos fenómenos formidables; el pensamiento fulminante de Costa y la pistola magnífica de Pardiñas. Yo he vivido muchos años montado á caballo en el dorso de los riscos fragorosos de mi país y escondido en las guaridas de sus rocas, y me he tenido que marchar de allí porque en aquellos peñascales inhóspitos no pueden ya vivir más que los Santos taumatúrgicos y las Vírgenes milagrosas. De entre aquellas piedras, por las que no andan ya más que lagartos y gatos monteses, broté yo un día como una aliaga erizada de punzas, salí como un alacrán hinchado de veneno. Hijo de un país en el que no se oye más que gemir de sed á la tierra y maldecir los hombres al Dios que los mata de hambre, en mi alma no han florecido más que cardos, en mi pecho no he criado más que víboras.

Para destilar, para sacarme del cuerpo la ponzoña que lo llena y que si no inoculo á los otros acabará por matarme á mí, fundé hace un par de meses en Barcelona un hebdomadario al que llamé *La Ira*. Me reuní con unos cuantos jóvenes portadores de anchos sombreros negros, bajo los cuales surgían las rebeldes cabelleras, como ha dicho hace poco con su estilo de sonoro metal Mario Aguilar, y ellos y yo, dispuestos á no hablar sino tartamudeando de indignación y á no usar otro lenguaje que el del capítulo primero de la profecía de Sofonías, escribimos nuestra hoja y la lanzamos á

las corrientes de la ciudad, al viento de las calles. Hablamos adoptado, como suprema ley ética y política, esta máxima latina: *fortiter in modo, fortiter in re*. Y teníamos siempre en cuenta, al redactar nuestras arengas y nuestros pregones, aquella frase de Donoso Cortés: «no debemos retraernos de pronunciar palabras tremendas si dicen la verdad.» Sabíamos que nos diríamos á un pueblo mansueto, á un pueblo lanudo, á un pueblo de piel espesa y de cerviz dura, á un pueblo rebelde á la luz, y creíamos honradamente que debíamos tratarle *in virga ferrea*, con barra de hierro, como dice el Salomista. Con el vientre lleno de terribles antojos, respirando por todos los poros de nuestro pecho sentimientos de inmodestia, de fiera y de bravura, empezamos nuestras campañas.

En las páginas de nuestro semanario plantamos la silla de nuestra cátedra, y desde ella arrojamos á la cabeza de la multitud puñados de cohetes y de anatemas. Nuestro entusiasmo saltó la estacada, y nuestro furor lo inundó todo como un gran río. Llamábamos en nuestros escritos á la monarquía española como Aquiles á Agamenón, «comedora de pueblos», *demovoros* creo que es la frase de Homero; insultamos á esos ministros que, como los manebos de Israel á Roboam, aconsejan á su rey la tiranía; hicimos retumbar el trueno de nuestra voz en medio del silencio indolente, letárgico, de esta juventud emasculada; protestamos de las codicias y de la sordidez de unos políticos á quienes sólo se les conocerá como á Carlos el «Temerario» por lo largo de las uñas; luchamos, en fin, por la redención de un pueblo al que parece que han abandonado todos sus ángeles salvadores.

Y ya podéis suponer lo que ocurrió. En España la libertad de pensamiento no está garantizada por la Constitución y regida por las leyes del Estado, sino tolerada hasta ciertos límites por la Iglesia y regulada por las encíclicas pontificias y los decretos de la Congregación del Índice. Y al que se desmanda, al que desafina, al que se atreve á toser un poco fuerte, le echan encima todas las condenaciones del *Syllabus* y le amenazan con las espadas del Pretorio y de los centuriones opresores.

Salido apenas á la calle el segundo número de *La Ira*, nos fué arrebatado de las manos nuestro periódico por la policía, y el fiscal denunció todos nuestros artículos. A consecuencia de esa denuncia, se me siguen tres procesos: uno por ultrajes á España, otro por injurias al rey y otro por amenazas y excitación al homicidio. Pesan, además, sobre mis costillas cuatro multas. Desde el día 1.º de Agosto hasta el 11 de Septiembre he estado recluido en la cárcel, y me ha costado un Calvario de penas y un Congo de dinero conseguir la libertad provisional.

Este es mi caso, esta es mi causa. Este es el caso y la causa de los redactores de *La Ira*. Se nos ha pnesto en la canga;

nos han metido el cuello en un cepo para que no podamos hablar. Han sido desenvainados contra nosotros todos los cuchillos que lleva colgados á la cintura esa matrona ó sea mazcorra—escoged el apelativo—que llaman Justicia. Cortando el flujo de nuestra palabra liberadora, de nuestra palabra docente; engargantándonos nuestros rugidos y nuestros ayes; haciéndonos engullir nuestros esputos y nuestras diatribas, se trata de herir, de dar un hachazo mortal en la raíz al que llama el jesuita Mintegulaga «dañado árbol de la libertad moderna».

Para evitar esto, para que extendáis vuestro manto sobre mi cabeza y sobre la de mis compañeros de *La Ira* y digáis «salvos, salvos», acudo hoy á vosotros, alarmado más que por lo que nos ocurre, por lo que nos puede sobrevenir. En una nación en que fué posible fusilar á Ferrer de la manera que vosotros sabéis, los escritores y los pensadores tenemos que vivir siempre en guardia, hemos de estar constantemente alerta. Yo, lo confieso ingenuamente, no tengo un amor ciego, irracional, á mi vida; pero sí, á la obra en que me he propuesto emplearla.

Atendedme pues. Atendedme, si no por solidaridad ó simpatía, por las consecuencias que pueden recaer algún día sobre vosotros, si enmudecéis y calláis hoy ante la injusticia.

ANGEL SAMBLANCAT

Barcelona, Septiembre de 1913.

Noticia interesante

Lo es, y muchísimo, esta que encuen-tro en un periódico clerical:

«Según dice *Missionsblatt*, periódico de Leipzig, la reina de Nepal, en la India del Norte, se suicidó á causa de haber quedado horriblemente desfigurada por las viruelas que le atacaron. El rey, que la amaba apasionadamente, quiso vengarse, primero, de los médicos, que no supieron asistirle en su horrorosa enfermedad, y mandó cortarles las narices y las orejas; y en seguida quiso ir en su venganza más allá, atacando á sus dioses. Sacaron á los ídolos del templo, cargaron los cañones frente á ellos, y ordenó á los artilleros que dispararan. Estos, temerosos de tamaño sacrilegio, rehusaron, por lo que el rey mandó que los ahorcaran. Los sobrevivientes tuvieron que acceder á las órdenes de su monarca, é hicieron fuego, volando los ídolos en mil pedazos.»

Me haría monárquico, si viviera en Nepal. Aquel es todo un señor rey con sentido común.

¿Cree que sus dioses sirven para algo? Los conserva en sus templos, los adora...

¿Ve que no sirven? Pues los cañones tranquilamente.

¿Y habrá quien llame salvaje á un rey así? ¿Ya quisieran ser tan civilizados como él todos los que existen en el mundo! Otro gal o nos cantara á los súbditos...

Pero advierto que he dicho una tontería, y me retracto.

El pudo hacer y debió hacer lo que hizo, porque su religión es falsa.

Si hubiera tenido la incomparable dicha de poseer la única verdadera, la católica, su acción hubiera resultado monotuosa.

Va mucha diferencia del Dios uno y trino, á los ídolos innumerables.

Cartas de vacaciones

I

De Juanito á Pepito

Querido amigo: ¡Cómo pasa el tiempo! Ya estamos en Septiembre, y para fines de mes tenemos que volver á las garras del P. Acebuche y á la madriguera mal oliente del colegio. Yo creía que este año no tendría el disgusto de ver las narizotas del P. Rector, atiborradas de rapé, ni aspirar el dulce aliento del P. Cepas envuelto en el alcohol de heces de vino avinagradas; pero papá quiere que hasta el final apure la copa de la pedagogía jesuítica. ¡Te acuerdas del hermano Pelma, aquel coadjutor que hacía de enfermero, y que curaba todas las enfermedades dando masaje en el vientre, y al que se le iba la mano á terrenos vedados? Pues lo han trasladado á Galicia... Me ha escrito Al decoa que el P. Sobos ha estado en Mondariz en el mismo tiempo que aquella viuda ricachona que confesaba. ¡Qué casualidad! Al P. Natillas, aquel que se pintaba ojeras y andaba á saltitos, comiéndose con los ojos á Peñsilver, lo han trasladado al colegio del Puerto; y también tendremos este año un nuevo P. Ministro, que dicen es muy rumbo. Biena falta nos hace, á ver si salimos de las judías podridas y del tocino con gusanos que nos daba á todo pasto su antecesor... El hermano Meneos, aquel que daba la clase de escritura á los pequeños, y que siempre tenía á un alumno sentado en las rodillas, creo que ha tenido un disgusto atroz en Valladolid, pues al fin, alocado, se tiró á fondo, y lo supieron los papás de la criatura... ¡Y tan de voto como era de San Luis Gonzaga! En cambio al P. Machou lo han hecho director de las Hijas de María de Sevilla. ¡Bueno se pondrá en aquel gallinero con el gancho que tiene! Mi primo me ha proporciónado una serie de fotografías que te quedarás lelo cuando las veas... ¡Has hecho la confesión semanal de costumbre? A mí se me ha olvidado, y sólo he rezado un rosario en todo el verano. Ernesto y Víctor siguen aquí tan estrechamente unidos como en el colegio: aprovecharon bien las lecciones del P. Lameto. Escríbeme pronto, antes del 25, y no te olvides de llevar más tabaco que el año pasado. Tengo un libro en francés que he cogido á mi hermano Jacinto que vale un Perú: ya verás que láminas. ¡Y tu primita Aurora? Dale un beso de mi parte, y... expresiones el Sagrado Corazón. Tuyo, Juanito.

II

De María á Luisita

Mi inolvidable Luisa: Voy á ser muy breve, puesto que pronto estaremos reunidas. Tiene razón la H. Agustina: la felicidad es muy breve. Perdona que te haya escrito sólo dos veces en todo el verano; mamá no me ha dejado un momento tranquila y nos hemos divertido mucho. Ya te contaré lo que me pasó con uno del Club Náutico en San Sebastián. ¡Qué ojos, Luisita! Parecían los de la M. Irene. Por cierto, ¿quién

dirás que estuvo en Cestona, cuando nosotros? Pues Rovirosa, el abogado aquel que fué novio de la M. Enriqueta cuando estaba en el mundo; es muy simpático y muy chistoso, y si no fuera porque es un poquito barrigón, casi estoy por decirte que me gustaba... Ya le contaré cositas de él á la madre, que todavía le recuerda. ¡Pobrecilla! En la estación de Bayona vi á la M. Rosita, que iba á las aguas, y me pareció que iba con ella aquel farmacéutico que ya sabes... Por lo visto este idilio sacro profano no se corta nunca. De la M. Beatriz tuve dos cartas, tan apasionadas como siempre: esta mujer andaluza, toda fuego, hubiera hecho destrozos metida dentro del uniforme de un teniente de húsares. Pero entre monjas y colegialas, ¿qué hará? Te confieso que llegué á sentir por ella algún desasosiego, aunque no llegó al extremo de Elvirita, que sufría ataques de nervios cuando la madre Beatriz miraba á otra. ¡Ay, Luisa! ¡Cómo se desvanecen esas bobadas, cuando se sale del colegio, y se ven hombres jóvenes, guapos y robustos por todas partes!... Por cierto que tu primo Alberto, que nos visitó, es toda una escultura. ¡Buen gusto has tenido, picarilla! ¡Y cómo vas de comuniones? Yo sólo he hecho dos... ¡Si lo supiera la M. Superiora! Isabelita y María Longás te envían sus recuerdos... Me han dicho que este curso estrenaremos la nueva sala de labores. Creo que desde las ventanas se divisa el salón de estudio del colegio de los Maristas: no faltarán telegrafías sin hilos... Cúdate mucho y consérvate tan guapa como siempre. No te olvida, María.

III

Del P. Bulla al P. Lechón

Amigo Lechón: El P. Provincial me ha escrito que esté en esa el 24; me ha partido por el eje, porque aquella estaba ya al caer. Procuraré apretar el cerco, y ya veremos. Las aguas me han sentado bien y los caballitos mejor: unos doscientos duros de plus. ¡Benedictus Deus! El P. Mingos ha estado aquí ocho días, y sigue tan m... como siempre. Se despidió de ti hasta que comience la brega de desbastar á hijos de imbeciles, tu colega y hermano, Bulla.

V

De la M. Teresa á la M. Ignacia

Mi buena amiga: El curso empieza el 20. Vengase lo más pronto posible, pues la Madre está que echa chispas. Han pintado todo el colegio, y este año ya no están las antipáticas de las Vélez, ni las tísicas de las Orduñez. Ya sé que ha estado muy obsequiada por un canónigo de Cádiz. ¡Ha habido idilio! Ya me contará. Yo tuve una visita muy agradable el mes pasado. Desea abrazarla, Teresa.

FRAY GERUNDIO

El rosario de la Aurora

Con ese título publica *La República Radical* de Lérida un articulo, que empieza así:

«Sigue en Lérida los domingos por la madrugada el rosario de la aurora. Muchas hembras y algunos machos, porque esta gente son así: ó han de llevar en la mano el rosario, ó el trabuco.

En suma: hipócritas, muchos; fanáticos, algunos; comerciantes, no pocos: sotanas, uno ó dos.

—Hombre,—decía un curioso á otro—¿cómo, siendo el rosario de la aurora un

acto tan agradable á los ojos de Dios y su madre, no asisten á él ni el obispo, ni un solo canónigo ni el clero?

—¡Vaya una pregunta! ¿No ves que esos rosarios son gratuitos; que los que á ellos asisten no cobran derechos; que los presbíteros no se exponen á atrapar un resfriado sin su cuenta y razón; y que en estas horas de madrugada están con las manos en la masa, quiero decir, ocupados en sus quehaceres domésticos?

—Lo cual que será verdad—replicó el primer curioso; pues observo que tampoco las amas de los curas dejan oír su voz en el cotarro.

—¡Qué! Esa alfalfa espiritual es sólo para los borregos.

A la vez que gracia, tiene la observación del colega el mérito de ser exacta.

Función ó acto religioso donde no van ni curas ni frailes, es que no produce.

¿Que esto no es cierto puesto que no cobran por dar el viático ni la extremaunción?

¿Quién lo dice? Esos dos sacramentos son de siembra: la cosecha viene luego en forma de entierro, funeral, responsos cabos de año y misas para sacar del Purgatorio á los interfectos.

Las gentes de Iglesia no hacen nada de balde. Cuando no cosechan, siembran.

Horrible crimen de un religioso

Celebra por sí mismo su matrimonio asesina á su mujer embarazada y despedaza el cadáver

Nueva York, 14 Septiembre.

«El reverendo Hans Schmidt, rector adjunto de la iglesia católica de San José, ha sido preso bajo la acusación de haber asesinado á la mujer cuyo cuerpo fué extraído del río Hudson hace doce días.

La víctima ha podido ser identificada; se llamaba Aumuller y era criada en el presbiterio de San Bonifacio, donde el acusado había sido rector adjunto.

Según la policía, Schmidt intentó suicidarse al ser detenido; después confesó su crimen.

Entre los papeles de Schmidt se ha descubierto una partida de casamiento fechada en Febrero y atestiguando que el acusado mismo celebró el matrimonio suyo con la víctima, desempeñando á la vez los papeles de sacerdote y de novio.

Cuando el embarazo de la joven hizo imposible ocultar por más tiempo lo que había ocurrido entre ellos, entonces la mató.

Despedazó el cuerpo en una tina de baño, valiéndose de una sierra de carnicero, en el departamento donde los dos habían hecho vida marital, é hizo después cinco paquetes con los trozos del cuerpo de la difunta, arrojándolos luego al río.

El colchón sobre el cual mató á la joven fué quemado y las ropas ensangrentadas, pertenecientes á la víctima, aparecieron en la habitación del sacerdote.

En el momento de ser detenido éste, hoy mismo, pidió permiso para retirarse

un momento; pero la policía no le perdió de vista y pudo arrancarle de las manos una navaja de afeitar con la que iba á suicidarse.

La policía descubrió al asesino de una manera original. Un trozo de funda de almohada que contenía una parte del cadáver, llevaba aún cosida la etiqueta del comercio de Chicago que la había vendido, y practicada una información sobre esa base, se averiguó que el comprador había sido el propio Schmit.

...Todo lo cual demuestra una vez más que el cura católico es capaz de las mayores abominaciones, igual aquí que en Nueva York.»

Estas fueron las primeras noticias que comunicó el cable. Después se ha dicho que Hans ha confesado su crimen, que no era clérigo y que ha declarado:

«He matado á Ana porque el Señor me lo había ordenado.

Quería beber su sangre, porque así me lo ordenó una noche Santa Isabel. Y la bebí.

Si despedacé el cuerpo y arrojé los trozos al Hudson, fué porque todo sacrificio debe ser consumado á la vez en la sangre y en el agua.

Santa Isabel me reveló que yo moriría muy pronto.

Después de matar á Ana, la desangré en una bañera y corté su cuerpo en nueve pedazos. Lavé cada uno de éstos cuidadosamente, y luego los envolví todos en pañales y en toallas.

Atravesé nueve veces el río Hudson para arrojar cada paquete en un sitio distinto.

En ello tardé tres días, á razón de tres viajes por día.

Pero tenía un colchón empapado de sangre.

Lo enrollé, lo lié en una sábana, lo até con cuerdas, y echándomelo á cuestras una noche, á primera hora, fui con él á un solar.

En éste jugaban varios chiquillos.

—¿Queréis divertirlos?—preguntéles.

—Sí—me constataron.

—Pues vamos á pegar fuego á este colchón.

Y ellos me ayudaron á hacerle arder.

Cuando sólo quedaron las cenizas, volví á mi casa y lavé el suelo.

Después me fui á la iglesia y seguí cumpliendo los deberes de mi ministerio.»

Como no me flo de las gentes de Iglesia, sospecho que se ha inventado lo de que no es sacerdote, para descargarla de ese nuevo crimen.

Pero si yo pecase ahora de malicioso, y fuese cierto que no lo era, se coloca la cuestión en otro punto casi peor: el de que á fuerza de repetirse los casos estos de que un estafador, un ladrón ó un asesino halle fácil manera de ejercer la clerecía, llegue un momento en que los fieles dejen de acudir al templo por no tropezar con sacerdotes *full*.

Y á propósito:

Como no sé teología, ignoro si Cristo baja ó no á las manos de estos falsificadores sacros.

¿Baja ó no baja? Necesito saberlo. Porque si baja, me tiene sin cuidado. Y si no baja... también.

Ocasión perdida

Entró una vaca brava en la colegiata de San Bartolomé (Valencia) y llegó hasta el coro donde se hallaban los canónigos y algunos fieles.

Se encomendaron, no al santo despedido, si no á San Talones, y acogieron aterrados á la capilla.

Buena ocasión perdieron de haber patentizado que creen lo que predicán, y de haber echado de paso tapas y medias sueltas al catolicismo de los valencianos, que anda un poquito deteriorado.

Si cada canónigo se provee de un crucifijo, ó de una imagen cualquiera de santa ó santo, ó del hisopo y la caldereta del agua bendita, y se arrodilla ante la vaca, y con la voz robusta y firme del creyente le grita: «¡acércate si te atreves, animal sacrilego!», y la vaca no arremete y huye como alma que lleva el diablo, ¿qué ímpio se hubiese atrevido en adelante á negar que efectivamente se perpetran milagros?

Pero, nada; prefirieron escapar como cualquier *maleta* de invierno, con la falda levantara, y dándose con las hebillas de los zapatos en la parte reservada en algunos colegios clericales á espelrar residuos de nutrición y á otros usos inconcesables.

¿Y luego se quejan de que la fe vaya á menos! ¿Como no ha de ir, si los que debieran atestiguar la suya con actos de entereza cristiana, corren como liebres al menor asomo de peligro, sin encomendarse al Dios que vela constantemente por quienes lo confiesan y adoran?

¿Qué desconsolador es esto de ver que nadie, ni aún los ministros del Altísimo, ponen hoy en armonía sus obras con sus palabras!

Otra víctima

La princesa Sofía de Sajonia Weimar mantenía relaciones amorosas con el hijo de un banquero judío, oponiéndose su familia.

Como la princesa estaba verdaderamente enamorada y la oposición de su familia era cada vez más resuelta, frecuentemente se suscitaban agrias discusiones.

Hace pocas noches Sofía manifestó resueltamente que se hallaba dispuesta á contraer matrimonio con el hijo del banquero, aunque fuese judío, y la discusión adquirió proporciones de verdadero altercado.

La princesa se retiró llorosa á sus habitaciones, y á la mañana siguiente la encontraron muerta en su alcoba. Se había disparado un tiro de revólver en la frente.

La noticia del trágico suceso, causó en Berlín gran impresión.

Los prejuicios religiosos siguen causando víctimas.

En este triste suceso hay alguien tan culpable ó más que la familia de la princesa Sofía: el novio.

Si verdaderamente la quería, y es hombre ilustrado, ¿por qué no abjuró del judaísmo, se hizo católico, y se casó con ella?

—Es que entonces, se me dirá, su familia lo hubiese repudiado.

—Ciertó; luego hay que darme la razón cuando digo que la idea religiosa es la que divide, perturba, esclaviza y ata al hombre.

¿Quedamos en esc? ¿Sí?

Pues á otro asunto.

Eternos extranjeros

A esto reduce la disciplina de la Iglesia Romana á los hombres á quienes condena á celibato perpetuo, á menos que ellos sean un día bastante viriles para rebelarse contra los cánones del catolicismo y obedecer las eternas leyes de la naturaleza.

Un cura italiano resulta extranjero en la misma Italia, lo mismo que un cura español en España, ó un cura puertorriqueño en Puerto Rico.

La razón es obvia; antes que ciudadanos de las respectivas naciones son súbditos y vasallos del Pontífice Romano, el cual tampoco acepta el deber de obediencia á ningún poder temporal: están obligados por las leyes de la Iglesia á vivir en perpetua rebeldía contra todo lo que, poco ó mucho, se oponga á los mandatos del hombre dogmáticamente declarado infalible, que pretende ser una especie de vice-Dios en la tierra.

A esto podría darse, no como refutación, sino más bien como ampliación pertinente, que en el propio caso han de estar todos los católicos, aunque seculares sean, porque igual disciplina que á los curas les rige y gobierna. Pero todos sabemos que de cada mil católicos no clérigos, difícilmente habrá uno que se crea sujeto á tal antipatriótica sujeción á un soberano extranjero: esta es una razón, y de las más importantes, para que sea valor entendido que la mayor parte de los aparentemente católicos no lo son, si para juzgarlos tales ha de ser condición indeclinable el ser vasallo del Papa, antes que ciudadanos defensores y cumplidores de las leyes de sus respectivos países. Por esto limitamos la eterna extranjería á los sacerdotes de la Iglesia Romana.

Y si cada sacerdote católico es realmente un extranjero en su propio país, ¿á qué extremo llega esa circunstancia cuando ejerce sus funciones bajo otra bandera distinta á la que protegió su cuna?...

Los demás extranjeros residentes en países de extraña bandera, pueden llegar á ser considerados, (allí donde forman familia y hogar, allí donde contribuyen á la prosperidad y bienestar comunes), como hijos adoptivos de la tierra, al progreso de la cual cooperan; y, generalmente sucede así, cuando tienen el tacto y el buen sentido de no mezclarse en las contiendas políticas del país en que viven,

y de no ser, por concepto alguno, hostiles a los sentimientos de los nativos.

Pero el cura católico no puede aspirar a esas ventajas. Como no puede, circunscrito a su disciplina, formar un hogar ni crear una familia que honrosamente pueda llamar suya, no ha de atribuírsele el cariñoso interés que todo hombre tiene por la región en que sus hijos ven por primera vez la luz y en la cual llegan a desarrollarse y educarse. ¡Están condenados por ley fatal a ser en todas partes eternos extranjeros, no importa la carta de ciudadanía que acepten...! Desgraciados!

A pesar de lo dicho, hemos conocido algunos sacerdotes católicos, excepciones de la regla, que en su fuero interno protestan contra la coyunda que les impone Roma; pero ¡ay! como esas protestas no siempre pueden exteriorizarse, no tienen más remedio que bajar la cerviz ante los imperativos cánones que los anulan como patriotas y como hombres... ¡Cuán dignos son de piedad!

Por eso es que cada día son más escasos los hombres inteligentes y aptos para la vida que se prestan a las imposiciones de la disciplina eclesiástica; y de ahí viene que la Iglesia tenga que apelar a tan variados y no siempre distinguidos elementos para llenar las filas. Las consecuencias todo el mundo las ve, y lo ocurrido en Ponce con un ya célebre Vicario, que hubo de abandonar el país, es una de las tristes finalidades de ese estado de cosas...

¡Juventud, que vas disponiéndote a tomar parte en el banquete de la vida! Huye, huye previsor de caer en ese abismo que se llama sacerdocio católico y que es la negación insana de las leyes de la naturaleza y de la patria. No esclavices tu conciencia ante la soberbia del Papa y de los príncipes de la Iglesia. Lucha y vence con las armas de la razón, de la ciencia y del trabajo. Y con noble y viril cuanto laudable ejercicio de tus aptitudes físicas e intelectuales, prepárate a formar un hogar sin mancha, una familia modelo, por la cual ames más y más a la humanidad, a la patria y a cuanto produce hermosa solidaridad en los seres humanos.

Rechaza, rechaza esa esclavitud humillante, esa servidumbre ominosa que ha de abatir toda energía para el que cae en las redes, tan difíciles de romper, de la terrible tiara!

¡Elévate a las sublimes alturas de la verdad y no seas nunca en tu país un extranjero, negación absoluta del amor a la patria y de las excelsas aspiraciones del progreso humano!

JOSÉ LLORENS Y ECHEVARRIA

Puerto Rico.

Hace poco levantaron los elementos liberales de la comarca de Vich una monumental cruz en Collfornich con una inscripción grabada en la piedra, recordando el horrible fusilamiento llevado a cabo en aquel sitio por los carlistas. La

inscripción ha sido arrancada a martillazos hace pocos días.

Mientras no puedan arrancar de la memoria de los españoles el hecho, el detalle ese importa poco. Con inscripción y sin inscripción, con cruz y sin cruz, todo hombre honrado que pase por aquel sitio exorcará a los asesinos que lo empaparon en sangre.

Imbecilidad clerical

Una revista católica dice:

«Como es de tan grandísima importancia, conviene recordar que Su Santidad Pío X concedió hace algunos años una indulgencia plenaria, para la hora de la muerte, a todos los fieles que reciten una vez, el día que ellos elijan, y después de haber confesado y comulgado, la siguiente oración:

«Señor, Dios mío: desde hoy acepto voluntariamente de vuestra mano y de todo corazón el género de muerte que os plazca enviarme, con todos sus dolores, penas y congojas.»

De manera que Dios, según eso, tiene tiempo, después de regir mundos y soles (al decir de los que no saben quién es Dios ni cómo es) para dedicar todos los días un ratito a discurrir y decretar la enfermedad de que ha de morir cada ciudadano. Pues trabajo le mando, habiendo tantos millones de seres en el mundo.

Más que yo negándolo, ofenderían a Dios, (si existiera) los que lo creen dedicado diariamente a la tarea de ir eligiendo la enfermedad de que ha de morir cada ser humano.

Perico el de los Palotes..	Cáncer.
Juan Portal.....	Tífus.
Padre Padilla.....	Sífilis.
Sor Purificación.....	Parto.

Y así sucesivamente.

Clericales: no seáis tan zopencos, que estáis poniendo en ridículo a vuestro Dios.

Y todo por agenciarlos unas cochinas perras.

Hace algún tiempo publicó la prensa la noticia de que había muerto Pey Ordeix.

Hace unos días que había muerto Rodrigo Soriano.

Y ahora que ha muerto Lerroux.

Invencciones de clericales que no tienen la prudencia de callar lo que desean.

El sacerdote español

En algunos pueblos de España, el sacerdote ha fundado un Sindicato. En este Sindicato el sacerdote reúne a un determinado número de personas que no profesan principio alguno político, ó que profesan principios que no se apartan de los del sacerdote, ó que profesan principios que no creen incompatibles con las doctrinas religiosas. Estas personas se reúnen en el Sindicato para mejorar su situación económica, para defenderse de la usura y

para robustecer las demandas de una clase social.

El caso de las personas que se reúnen para este fin, es un caso que merece un respeto grande por nuestra parte; lo único que lamentamos es que estos Sindicatos no estén fundados y dirigidos por hombres de alto espíritu liberal; que a estas personas divididas, abandonadas, no las haya reunido y amparado el grupo republicano ó socialista que hay en casi todos los pueblos de España. Lo que más nos duele es que el ciudadano de principios liberales y de procedimientos revolucionarios se haya dejado pasar delante por el sacerdote, por el hombre de principios conservadores y de procedimientos rutinarios.

Claro está que el caso del sacerdote español no es un caso nuevo y raro. No ha sido el sacerdote español el primer sacerdote que ha fundado Sindicatos. Antes que él, mucho antes que él, los han fundado los sacerdotes belgas, los sacerdotes italianos, los sacerdotes alemanes. Como es el caso del sacerdote el que hemos de analizar aquí, ante todo conviene formular esta pregunta: El sacerdote, al dejar el Templo para fundar el Sindicato, al reunir en el Sindicato a los hombres que no halla en el Templo, ¿no confiesa claramente la crisis religiosa? ¿no manifiesta categóricamente que la religión ha muerdo encerrada en el Templo? ¿no declara el triunfo de los principios laicos, el triunfo, no sólo del Estado sobre la Iglesia, sino del sindicalismo sobre el Estado y sobre la Iglesia? No se argumente diciendo que se ha llevado la religión del Templo a los Sindicatos; no. En los Sindicatos, los sacerdotes eluden el hablar de religión; en casi todos los Reglamentos en estos Sindicatos, Reglamentos escritos la mayor parte de las veces por el mismo sacerdote, hay, como en las sociedades de recreo, un artículo que dice que en el Sindicato no se permiten las discusiones políticas y religiosas. La religión, comprenden los mismos sacerdotes—los mismos sacerdotes que no han sabido sostenerla en el Templo; los mismos sacerdotes que no quieren llevarla a los Sindicatos; los mismos sacerdotes que quieren imponerla en las escuelas—más desune que une a los hombres.

El sacerdote español no ha fundado los Sindicatos en las épocas que los obreros, que los trabajadores, han pasado mayor miseria. Los ha fundado cuando ha visto que los obreros y los trabajadores dejaban abandonada la Iglesia; los ha fundado cuando ha visto que por los campos y las ciudades de España, los socialistas, los republicanos, comenzaban a organizar Sindicatos y Cooperativas. La obra del sacerdote español no ha sido, pues, hecha mirando hacia los pobres, mirando sólo hacia los pobres, sino mirando hacia la Iglesia vacía, mirando hacia las agrupaciones liberales, que comenzaban, por fin, a interesarse en una obra eficaz de cultura y elevación de las clases proletarias. La obra del sacerdote español no ha sido altruista, humana; ha sido egoísta, interesada; no ha sido de amor por los trabajadores, sino de defensa propia; no ha sido para poner a los pobres que trabajan, contra los ricos que no producen, sino para separar a los pobres del socialismo y de los partidos honradamente revolucionarios. No ha ido el sacerdote a elevar a los pobres; ha ido a sostenerse él.

Tampoco es nuevo este espíritu del sa.

cerdote español. El mismo espíritu animó á los sacerdotes italianos, á los belgas y á los alemanes, al fundar los sindicatos católicos en sus respectivos países. Rómulo Murri, en su libro «La política clerical y la democracia», expresa bien la actitud del sacerdote italiano. «Las iniciativas de transformación—dice—que han surgido en las clases baja y media de Italia, han hallado en la Iglesia una oposición invencible. Cuando las advirtió el Vaticano, cuando comprendió que tales iniciativas significan para la Iglesia, entre otras cosas, la terminación de aquellas formas de superstición y de ritualismo formulista bajo las cuales alienta un poco de vivo y de verdadero espíritu religioso, opuso su fuerza, salió de su actitud hostil á la política de la monarquía italiana y permitió que se luchase contra ese enemigo común, que era el proletariado consciente, la democracia; y entonces se dió el caso de que los candidatos y diputados católicos se aliasen hasta con masones, radicales y protestantes burgueses para vencer en las contiendas políticas y administrativas». Cuando así luchaba el sacerdote italiano contra el proletariado consciente, había formado ya, con el otro proletariado sumiso, inconscientes, unos cuantos Sindicatos; Sindicatos que no defendían al pobre contra el rico, sino que defendían las instituciones religiosas antiguas, contra las instituciones liberales, modernas, pujantes.

Igual que el sacerdote italiano, el sacerdote belga. Este empieza su organización societaria por los campos de Bélgica, cuando advierte que de la ciudad llegan al campo periódicos socialistas, folletos socialistas, apóptoles del socialismo. Comienza el sacerdote belga la organización de los trabajadores cuando se entera que éstos que tienen que emigrar en determinadas fechas, al restituirse á su hogar comienzan á discutir los fundamentos de la religión, de la familia, de la patria, de la propiedad. Entonces, cuando descubre en ellos aquel sentimiento de desagrado, que según Max Nordau, es el único resorte que mueve voluntariamente la voluntad humana, es cuando el sacerdote católico los reúne, los organiza en Sindicatos. No los reúne ni los organiza cuando se someten á la usura, á los impuestos, al hambre, al exceso de trabajo. Los reúne cuando, abiertos los sentidos al mundo, comienzan á gritar y á rebelarse. Los reúne, no cuando van todas las fiestas á la Iglesia, sino cuando se han separado para siempre de la Iglesia. Los organiza, no cuando los ve dispuestos á continuar en la esclavitud y en la miseria, sino cuando los ve decididos á luchar por su libertad. Igual que el sacerdote italiano y belga el alemán. Igual que el alemán, el italiano y el belga, el sacerdote español.

Pero ya hemos dicho que estos Sindicatos sólo están en algunos pueblos, en muy pocos pueblos de España. Los sacerdotes que se dedican á esta labor son en número escaso. Como son en número escaso también los sacerdotes que sienten una intensa inquietud espiritual. Como son escasos también los sacerdotes españoles que tienen una fe honda, sentida, fe de apóstol ó fe de mártir. Con ligeras excepciones de sacerdotes españoles que fundan Sindicatos, que estudian y que creen, el tipo general del sacerdote español está muy por bajo del tipo del sacerdote católico europeo. Al sacerdote español no le preocupa ninguno de los problemas de su patria, no le preocupan las mismas cuestiones religiosas. El modernismo religioso que tantas

energías ha despertado en el clero francés no ha rozado siquiera la inteligencia de ningún sacerdote español. El espíritu de tolerancia que ha ennoblecido la obra del clero norteamericano no ha sido aprobado ni combatido por el clero español; y no ha sido aprobado ni combatido por la razón de que no ha sido estudiado, de que no ha sido conocido. A los seminarios españoles van las clases humildes de la sociedad; desligados estos seminarios de toda ordenación pedagógica, de toda selección científica, de todo método de enseñanza, cuando salen de ellos los jóvenes, salen con el espíritu muerto, con sus energías castradas, con el cerebro atrofiado. Saben latín, pero no saben de la vida.

Y la vida se apodera de ellos cuando en ella entran, y los abate, los vence. Sin fe, sin cultura, sin afán de saber, sin disposición para creer, van repartiéndose por todos los pueblos de España. Su obra, cuando no es nociva, es estéril. No salen desinteresadamente al paso de los vicios de los hombres para corregirlos, para enmendarlos: tanto los toleran, que el pueblo, este pobre pueblo, este pobre pueblo español con tan honda raigambre cristiana en su alma, ha llegado á creer que es buen sacerdote el que va por los cafés, por las tabernas y bebe con los humildes, el que no corrige las blasfemias, el que no habla nunca de ir á cumplir con los deberes de la Iglesia. No se ha dado aún en España el caso de aquel pastor protestante que ponía su mesa junto á la calle y que departía con sus amigos teniendo sobre la mesa una botella de agua con el fin de que los que pasaran se enterasen de que no era necesario el vino para que los hombres pudieran fraternizar. No se ha dicho aún por ningún sacerdote en España lo que varios pastores protestantes dijeron en la reunión que se celebró hace dos años en Colonia para tratar del asunto del pastor Jatho. Dijeron: «El sacerdote no es una persona consagrada que recibe luces especiales de Dios; es sencillamente un hombre como los demás que se dedica al cuidado de los espíritus y que por sus especiales condiciones de inteligencia y de carácter merece la confianza de mucha gente. No hay que buscar la característica esencial en el acto puramente material de haber recibido las Ordenes Sagradas ni siquiera en el acto casi material de las palabras que pronuncia, sino en la intensidad con que fortalece y eleva la vida espiritual de sus feligreses.»

El sacerdote español, con el ejemplo de su vida, no ha fortalecido ni elevado la vida espiritual de sus feligreses. Para ello le ha faltado cultura, le ha faltado virtud y le ha faltado fe. El «Libro de Buen Amor» escrito por el arcepreste de Hita para satirizar la conducta de los clérigos del siglo XIV, ha tenido siempre, por la persistencia de las causas que lo motivaron, una viva actualidad. La reforma de las costumbres del clero que intentaron los Reyes Católicos persiguiendo las inmundicias, expulsando á muchos religiosos y cerrando varios conventos, ha podido ser intentado del mismo modo, pues los motivos han subsistido por todos los monarcas posteriores. Las costumbres del clero han contribuido mucho á pervertir las costumbres del pueblo español.

¿Qué problemas nos presenta á nosotros esta posición del sacerdote católico? Dos: Primero: la organización rápida de los elementos trabajadores levantando Sindicatos liberales frente á los Sindicatos católi-

cos. Segundo: la dignificación de nuestra vida de hombres laicos ofreciéndola á los ojos y á la conciencia de todos, como ejemplo estimulante de santidad humana.

MARCELINO DOMINGO

Desventajas de la impiedad

El párroco de la iglesia de Santa Cruz de esta villa, ha instalado en ella la calefacción por vapor. Es central, y los fieles que acuden durante los rigores del invierno, disfrutarán una temperatura agradabilísima.

Cada día lamento más haberme separado de la religión que me impulsaron al nacer.

Sin esto ¡qué invierno más agradable iba á pasar yo, metidito en la iglesia de Santa Cruz, calentito y dormitando seráficamente en un banco!

Gratis el amor, y ganando de propina alguna indulgencia, si me daba por aprender alguna corta oración, y recitarla para no aburrirme.

Pero ¡ay! no puedo ir: el olor á azufre que despidió delataría mi presencia, y valiente cisco se armaría.

Mortales frioleros que queráis entrar en calor:

Aunque no creáis que tres es uno y uno tres, no alardéis de impiedad públicamente. Es muy agradable tener en invierno un sitio donde contrarrestar el frío.

Las cenizas de una suegra

¿deben pagar derechos de aduana?

Los empleados de la aduana de Filadelfia están perplejos.

Acaba de llegar un paquete perteneciente al capitán Meyer, que manda el vapor alemán *Keln*.

Interrogado por los empleados de aduanas, el capitán ha declarado que se trataba de las cenizas de su suegra, muerta é incinerada en Alemania, que quiere inhumar en Norte América.

Y se le contestó:

—No se les puede dejar entrar libremente, porque ese «artículo» no figura en la lista de los que están exceptuados de pagar los derechos de aduanas.

Los empleados se han puesto á estudiar en qué categoría de productos extranjeros deben clasificarse las cenizas de una suegra.

¿Se trata de un artículo de lujo? ¿De una materia prima? ¿De un producto químico?

Como no puede resolverse satisfactoriamente la cuestión, ha sido sometida al Gobierno central de Washington.

Mientras tanto, las cenizas quedarán depositadas en la Aduana.

Estoy esperando la solución de este caso para sentar el precedente y solicitar de la Dirección de aduanas españolas la aplicación del arancel á las cenizas y re-

líquias de los santos que se nos envíen de Roma ó de cualquier parte, ya que son productos de la industria religiosa, y los productos de todas tienen derechos fijados en los Aranceles.

De Buenos Aires

Cura que renuncia al sacerdocio

He aquí la carta que ha pasado al obispo de su diócesis:

Ilustrísimo señor:

Con el alto respeto que me merece S. S. Ilma. me veo en la necesidad de poner en sus manos las licencias canónicas que para ejercer el sacerdocio se ha dignado otorgarme desde mi incorporación al clero secular de esta archidiócesis.

Aun cuando supongo que esta determinación podrá afectar en algún sentido su espíritu pastoral, dictados imperativos de mi conciencia me obligan á emprender esta ruta, de la cual no puedo apartarme si quiero ser leal y sincero conmigo.

Crea, Ilmo. señor, que este no es un acto en que falte la serenidad ó impere un vértigo de sectarismo.

Para tomar tan grave resolución, ha pasado mi mentalidad por cavilaciones profundas; la conciencia, que es la que rige mis actos y modera mis acciones, se ha replegado en silencio sobre sí misma; y después de pesar tanto los factores internos que me agitan como los que por la filosofía de la vida están en mi torno, ha resuelto asumir esta actitud, que si me emancipa de su tutelaje episcopal, no me emancipa del espíritu del cristianismo, del alma de la Iglesia, en la cual he nacido y para la cual conservo los más nobilísimos sentimientos que arrastra y lleva consigo la legítima heredera de la palabra de Cristo.

Mientras he militado en el sacerdocio, creo que he servido á la causa de la religión con todo el esfuerzo de que he podido disponer un espíritu militante.

Mi palabra y mi pluma se han desenvuelto intensamente en el ejercicio de un apostolado desinteresado; y si tan noble propósito pocas veces ó casi nunca encontró el eco estimulante de los que mandan ó la acogida paternal de los que están arriba, sin desencantos por la falta de aplausos que no buscaba, dí á la obra todas mis energías y hasta violenté mi psiquis con detrimentos para la salud, que es el supremo bien en la vida.

Pero la vida, Ilmo. señor, está llena de sorpresas y de revelaciones. La verdad sigue en nosotros un procedimiento evolutivo. No asoma con los exabruptos de los relámpagos ni se hace sentir tampoco con la eclosión de los volcanes. La verdad es cierto que llega á brillar en su plenitud; pero antes de culminar este punto, por grados, con la majestuosa lentitud de un sol que sube, se va dando á conocer á los ámbitos intelectuales y morales de la ciencia.

Invoco, pues, el derecho para ser favorecido por esta luz; y como corolario de este reflejo de la verdad sobre mi inteligencia, el respeto á una determinación que la conciencia moderna tiene catalogada entre sus nobles conquistas y contra la cual no pueden oponer su gesto airado los que, si son creyentes, lo son porque á su vez rompieron la esclavitud y conquistaron la libertad.

Para una parte de la sociedad en que vivimos, esta mi actitud podrá dar lugar á una desagradable sorpresa.

Desde este punto de vista, comprendo que su ilustrísima sufra una pena. Pero, ¿qué culpa tengo yo de la ignorancia ó de los prejuicios en que pueda vivir la multitud? ¿Qué acaso está en mis manos el hacer sentir á todas las almas la verdad? ¿Puedo yo por ventura auscultar todos los espíritus, á fin de que ellos ausculten el mío, y vean cómo Dios me habla y cómo se impone en mi alma un proceso nuevo después de una vida cautiva y atormentada?

Plantear problemas de este orden, es resolverlos. Yo no puedo deberme al juicio individual de cada uno. Yo no puedo supeditar mi vida, siempre que actúe dentro de lo lógico y de lo honesto, á las preocupaciones de nadie; y no puedo, finalmente, por complacer al convencionalismo social, abdicar de mi soberanía individual, porque sería abdicar de mi dignidad de hombre y hasta de mi honroso timbre de cristiano.

S. S. Ilma. y los que me lean, tengan explicada así mi separación del sacerdocio.

No vean en ella ni un encono ni el propósito de lesionar á instituciones por los siglos legítimamente consagrados.

No vean más que un rasgo de independencia, un anhelo de libertad moral para dar á una vida orientaciones definitivas; y sobre todo un grito fuerte de sinceridad para acallar tantos rumores destemplados que ofenden y perjudican á un carácter.

Es mi yo, Ilmo. señor, quien habla en esta carta; es mi alma toda la que se vuelca en sus líneas, y esto creo que es suficiente título para que se me oiga y se pesen mis razones en la balanza de la justicia.

Es toda la verdad que le debía quien hasta ayer ocupó con honor un puesto de modesto soldado en el clero metropolitano, y que desde hoy pasa á ser un argentino más sin los reatos que imponen los cánones y con todas las garantías que acuerda á todo hombre libre la Constitución del Estado.

Saluda á S. S. Ilma. y le agradece las consideraciones que supo dispensarle, su atento y seguro servidor.—*Pacífico Otero*

Fraile modesto

Celebrose en la catedral de la Laguna (Canarias) una velada sacro-literario-musical y contrataron al padre guardián de los capuchinos como orador.

Y estuvo el fraile tan admirablemente estulto y chavacano, que indignó á unos y divirtió á otros de los ilustrados concurrentes al acto.

Soltó majaderías á centenares y tuvo frases como esta:

«Los españoles llevan en los pies la ligereza del corzo, en el corazón la fiera del león y en la cabeza la serenidad del toro.»

Le faltó añadir:

«Y los frailes llevamos la pulcritud del cerdo y la inteligencia del burro.»

Pero se conoce que es modesto y fiel cumplidor de la máxima: «la alabanza en boca propia envilece.»

Bibliografía

Vasco Núñez de Balboa, historia del descubrimiento del Océano Pacífico.

Con motivo del cuarto centenario de la fecha gloriosa del descubrimiento del Pacífico, que el año presente se cumple y se celebra, la Casa Editorial Maucci, de Barcelona, acaba de publicar el libro onyo título precede, magistralmente escrito por D. Angel Ruiz de Obregón.

Entre las innumerables empresas grandiosas y atrevidas llevadas á cabo por los españoles en sus primeras exploraciones por tierras del continente americano, descuella como la más importante de todas, por sus resultados prácticos, como la más memorable por su significación científica, y como una de las más atrevidas por su audaz y rápida ejecución, la que se narra en este libro para honrar y enaltecer la memoria del héroe que la realizó y divulgar su épica hazaña entre los que la desconozcan.

Este hermoso libro en que se relatan las aventuras del famoso descubridor extremeño, su odisea á través del Istmo de Panamá, sus peripecias mil y su trágico fin, víctima de las envidias y concupiscencias de sus enemigos, se vende en todas las librerías de hispano América, al económico precio de dos pesetas.

Escenas y andanzas de la campaña antislavica, por Eugenio Noel.

Fruto de la activa y valiente campaña que el autor sostiene contra la tauromaquia y su secuela el flamenquismo es el presente libro, que ha merecido unánimes elogios de todas las personas de buen gusto, por el altruismo de la propaganda y por la vasta cultura del autor.

Los caídos, por Antonio Guardiola.

Hermosa novela de costumbres que es un acabado estudio de los bajos fondos de la sociedad, que el autor ha estudiado con cariño y que traslada al libro con brillante estilo y con una fidelidad que le acreditan de excelente novelista, que no tardará en llegar á un lugar preeminente en la literatura.

Por las mujeres y los niños que trabajan, por Alfredo L. Palacios.

Es el autor diputado socialista en la República Argentina, y su labor parlamentaria ha sido tan fructuosa, que ha logrado que el Congreso de su país aprobara diferentes leyes en beneficio de los obreros, en particular de las mujeres y niños.

Hacia la Universidad futura, por Ernesto Nelson.

Es el señor Nelson un distinguido catedrático argentino enamorado del creciente progreso de las universidades yanquis, que ha frecuentado hasta en sus colonias veraniegas, y que admirado de los sorprendentes resultados que allí se obtienen, aboga por un sistema de enseñanza más racional.

Los anteriores volúmenes forman parte de la rica colección de libros populares á peseta el tomo que publican los señores F. Sempere y Compañía, de Valencia.

¡LIBERTAD Y A ELLOS!

DEOS PSETAS

**LA RELIGION
AL ALCANCE DE TODOS**
Una peseta.

Los peregrinos

POR

ROBERTO ROBERT

cha inverosímil era el que engañaba al que se la hiciera tragar.
¡Cómo han variado los tiempos!

* *

Creo haber dicho ya que en todo lo concerniente á peregrinos, la crónica ha tenido ocasión de atestiguar muchos milagros.

Sucedía muchas veces que el monasterio donde aquellos se hospedaban carecía de dinero para mantenerlos.

Corría la voz, pero no se recogían limosnas. Los monjes decían que estaban agotados sus recursos.

Y al día siguiente almorzaban los monjes y daban algo de desayuno á los huéspedes.

—¿Quién ha sido el piadoso mortal que nos ha enviado alimentos?, preguntaban éstos.

Y un monje les respondía:

—Esta madrugada al rezar nosotros diciendo: «el pan nuestro de cada día dánosle hoy», un angel del cielo ha bajado á socorrer nuestra miseria.

El gozo de los peregrinos al oír estas palabras no tenía límites; se contaban unos á otros el milagro, publicábalo por todas partes, y los donativos volvían á llover en la hospedería.

* *

Otro género de milagros consistía en que naufragaban buques que no habían querido admitir peregrinos á su bordo, así como realizaban ganancias milagrosas los que los trataban bien.

Estos eran los milagros más comunes, para uso del vulgo peregrinante; con respecto á las personas eminentes, ya los milagros eran escogidos, y por lo regular nunca servía uno mismo para dos notabilidades.

Recuerdo que cuando el abad Ricardo de Verdun peregrinó á Jerusalén, quisieron visitarle el emperador y el patriarca de Constantinopla, admiradores de sus virtudes, y le regalaron dos trozos de la verdadera cruz.

Fué un día el abad á bañarse en el Jordán, y aunque no se sabe dónde llevaría la santa reliquia, se sabe que se bañaba con ella, y esto es tan cierto, como que los dos pedazos del sagrado leño se le cayeron en el agua.

Notólo él y se estremeció con el miedo de perderlos; pero con grande asombro y contento vió que las reliquias sobrenadaban, y navegando contra la corriente, fueron á ponerse debajo de sus manos.

Esto se supo muchísimos años después de sucedir; pero no por eso es menos bonito.

* *

Guillermo VII de Poatú, de quien hemos hablado, se enamoró de una condesa y acabó por robarla.

El obispo le reprendió su desatentada conducta; le encargó la penitencia y le dijo: ¿Cuándo te enmendarás?

—Cuando tú no te peines, replicó el pecador.

El obispo era calvo.

* *

Tras esta burla, que tanto disuena del respeto que en aquellos tiempos profesaban los señores á los prelados (como tendremos ocasión de demostrar en el discurso de esta obra), Guillermo resolvió peregrinar á Jerusalén, y reuniendo gran número de señores de buen humor y de mujeres jóvenes y hermosas, se puso en camino y llevó á cabo felizmente su propósito.

Según César Cantú, de quien tomo varios pormenores para este capítulo, en la crónica se lee que Guillermo «*fué buen trovador, buen caballero en armas, y corrió largo tiempo el mundo para abusar de las damas.*»

* *

Ocasiones hubo en que padecieron grandes trabajos los peregrinos, y fueron tratados con bárbara fiera por los secarios de Mahoma.

Lo de menos era...

¡También es casualidad!

Así como nosotros los católicos bautizábamos por fuerza millares de judíos y les quitábamos los hijos, aquellos infieles circuncidaban á los cristianos y les predisponían para guardas del serrallo, apartándoles también de su prole.

* *

Pero ya digo que esto era lo de menos, pues la nota de Alejo Comeno que cita Cantú á este propósito, dice cosas que parecen imposibles en aquellos tiempos tan envidiables.

Por ejemplo:

«*...Matres corruptæ in conspectu filiarum, multipliciter repetitis diversorum coitibus vexabantur...*»

Y me parece que basta.

* *

Afortunadamente, esos actos de brutal ferocidad los cometían los infieles, haciendo resaltar así la supremacía de nuestra religión, que toda era tolerancia, como habrá visto el lector en el capítulo de *Los Judíos* y puede ver más claramente en *Los Autos de fe*, que aún fuimos mejorando.

* *

Guillermo de Tiro, hablando de lo que sucedía entre los cristianos en aquella época, dice:

«No había en Occidente religión, ni justicia, ni equidad, ni buena fe. Eran saqueados los monasterios y las iglesias; no había seguridad en parte alguna; quedaban sin castigo los más atroces delitos. En lo interior de las familias

estaban corrompidas las costumbres, rotos los vínculos del matrimonio; escandalizaban el lujo, la embriaguez, el juego. El clero vivía en el desorden; los obispos en la crápula y en la simonía.»

* *

¿Quién no ve aquí un celo exagerado y un deseo tan ardiente de perfección que no se contenta con lo bueno y tiene por malo todo lo que no sea lo mejor?

¿Qué diría el buen Gregorio si nos viese hoy á los españoles sin un miserable milagro, sin quemar de judíos, sumergidos en el cenagal de los derechos individuales y entregados á la abominación de la desolación del *Habeas Corpus*?

Pero volvamos á los peregrinos.

* *

Los peregrinos...

¿Si me habré olvidado de decir que uno de ellos descubrió milagrosamente la lanza con que Longinos había herido á Jesús?

Pues sí, un peregrino fué, al cabo de doce siglos, y en seguida se averiguó que aquella lanza era la mismísima que había devuelto la vista al ciego deicida.

¿A que no se encontraría hoy?

* *

Y si se encontrase ¿habría quién tuviera fe bastante para averiguar que era la misma? ¡Quíá!

Pues entonces sí.

Pretender que todos, absolutamente todos los peregrinos fuesen santos, sería pretender lo imposible.

Alguno que otro hubo que distó mucho de ser un modelo de virtudes.

Un día llegó á Sión un gran número de ellos. La gente piadosa les recibió como hombres de acendrado cristianismo... No eran sino caballeros y villanos, desertores del ejército de Bohemundo, que temerosos de los griegos, habían abandonado á sus jefes, obligándoles á firmar una paz vergonzosa, según dice la historia profana.

* *

Esto, empero, no quita que el peregrino fuese un poético tipo, y que se presentase admirablemente para el desempeño de las obras de aquellos tiempos, llenas de castos y cristianos sentimientos.

La leyenda de Floro y Blancaflor empieza con la aparición de una dama, que llorando la muerte del amante que la ha dejado en cinta, peregrina á Santiago de Compostela.

¿Qué pintor sería hoy capaz de poetizar la figura de una peregrina embarazada?

Por cierto que la leyenda acaba siendo princesa la hija de la peregrina, cuyo esposo, de moro bárbaro que era se hace cristiano, y manda bautizar á sus súbditos, y

(Continuad).

IMPRESA: LIBERTAD, 31.—MADRID